Zapatos viejos

CUENTOS

POR

ARTURO MEJIA NIETO

J. SAMET, Editor
AVENIDA DE MAYO 1242 BS. AIRES

ZAPATOS VIEJOS

(Narraciones de la vida en
un pueblo de Centro América)

ARTURO MEJIA NIETO

ZAPATOS VIEJOS

(Ilustró OSCAR COSSACO)

BIBLIOTECA NACIONAL TEGUCIGALPA

J. SAMET - EDITOR
Av. de Mayo 1242 - Buenos Aires

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Publicadas:

RELATOS NATIVOS (Cuentos regionales).

ZAPATOS VIEJOS (Cuentos regionales).

Por publicarse:

HABLAN LOS INDIOS (Cuentos regionales).

LA ESCENA NORTEAMERICANA E HISPANO AMERICANA (Sobre el conflicto interamericano que el autor ha escrito después de vivir en Norte, Centro y Sud América).

PREAMBULO

Este libro burgués no está escrito sólo sobre cosas familiares sino también sobre cosas viejas para el autor. Un pasado de personajes ya deteriorados, pero preferidos, así como se prefieren los zapatos viejos.

Lejos del color local (el ambiente de Centro América) se ha escrito este libro con recuerdos. Recuerdos viejos, ya un poco deteriorados en la memoria, pero preferidos: así como se prefieren por costumbre los zapatos viejos...

EL AUTOR.

Buenos Aires, Junio de 1930.

EL CHELE AMAYA

Guaro, frío, indios aguerridos, duraznos, todo eso hay en mi pueblo y además de eso estoy yo. ¡Fama de bravo tengo en Santa Clara! Una vez me dijeron "gayo ronco", saqué el 44, le dí un tiro al que me lo dijo y me eché a reir.

Otra vez a un indio que no me quiso prestar la escopeta para matar a un ladino con quien tenía un altercado, le dí un sopapo que le hice manar dos caños de sangre por las ventanas de la naríz, y también me eché a reír.

—¡Soy muy hombre, hijos de su madre! ¡Quiero vérmelas con los liberales! Que se vengan si son tan hombres...

Desgraciadamente un hombre tan bien conocido como yo, me he hecho bandolero, me he "cambiao" el nombre y lleno los contornos de Santa Clara no sólo de leyendas sino de terror. Aquí mesmo en la capital

me van a conocer lueguito. Decir el Chele por aquellos lugares es decir el diablo. Y me hice bandolero por mi carácter impetuoso, por mi deseo de la aventura, por mi espíritu de aventurero, aunque parezca mal. El Chele no puede estar quieto. Santa Clara no era lugar pa mí. Los demás valientes de Santa Clara no se me paran. ¡Sólo yo, nadie más que yo!

—Y si hay alguien que se pique, que se venga... ¡Que se venga, conmigo no echará cuatro! que se venga el más "pintao"...

Yo viví en Santa Clara hasta donde la pasencia me aguantó. Yo no había nacío para chinear indisuelos. Yo no había nacío para cuidar la mujer; yo no había nacío pa usar corbata. ¡Qué carajo! Tuve que dejar el pueblo porque también me tenían un pleito en el Juzgado y tuve que abandonar los indisuelos y la mujer...

—¡Soy muy hombre y no necesito de mis paisanos! ¡El que se pique, que se venga si es tan hombre...!

Fuí a la guerra, como todos en Santa Clara, mi pueblo de los indios bravos y de las "tomas de cuartel"... Fuí a la guerra y allá me encontré en mi elemento. Me divirtí mucho y quedé agradecido con el General Benítez que fué quien me inició en el arte de matar liberales. Cuando volví era insoportable. Yo que siempre fuí fanfarrón, amigo de hablar de mi mismo, cuando volví les refería a todos de cómo había avanzado aquella chafarota que llevaba heróicamente amarrada al cincho. Fué así, pero a usted le voy a referir lo que me

pasó que eso no les heí referío a mis paisanos. Lo que me pasó es una chuscada un poco embarazosa:

El General Gómez pidió un bravo que juera a divisar las juerzas del enemigo. Todos los miedentos dijeron que no iban. Yo me paré y dije:

—General Gómez, pa eso he venido a la guerra, pa pelear y pa obedecer al jefe como soldado y no como maricón. ¡Yo no me amarro fustanes, yo me amarro calzones! Aquí hemos venido los hombres, las mujeres las dejamos en las casas. Mi General, ordene y diga... Estoy a su disposición.

El General se me quedó viendo con almiración y dijo:

—Sargento Amaya, vaya usted a ver cuántos hombres trae el enemigo, cuántos son los de a pié y los de a cabayo, y hacia dónde se dirigen.

Vi al General con respeto, le hice los honores y contesté:

—¡Su orden será cumplida, mi General!

Trepé al cerro que le nombran El Zapotal y de allá divisé la gran línea del ejército al mando del Cute Ordóñez que venía... ¡Virgen Santísima, qué a tiempo me mandaron, casi en sobre la juerza nuestra, casi nos agarra a tiro de cañón!...

Y digo yo: ¡patas pa que te quiero!... y me abiento por un desfiladero y llego sin resueyo donde el General Gómez que estaba — ¡cómo que si nada! — fumando su güen cigarro y acostado en su güena hamaca.

—Mi General — le digo. — El Cute Ordóñez nos agarra a tiro de escopeta. Allí nomás viene, detrás del portiyo y yo creyo que ya tiene noticias de que aquí estamos. Probablemente ha "mandao" un espía.

El General me mira y me mira como que si no entendiera.

Luego me dice: Llámeme al General Benítez y al Coronel Bardales, inmediatamente. Luego vuelve a gritarme: Llámeme al corneta pa que toque yamada general... Fuí corriendo y a todo el que encontraba lo ajotaba diciéndole que por ay venía el Cute... ¿Lo ay de creer? En los mantiados de los jefes, los coroneles y sargentos y oficiales más prencipales sonaban una dulsaina y cantaban como confiando en la güena suerte...

—¡Arriba! Por ay viene el Cute Ordóñez y ya les va a hacer sonar el machete por las nalgas...

Luego corrí de un lado pa otro, buscando al General Benítez que se había perdido. ¿Lo ay de creer donde estaba? Lo encontré bajo de un ocote con el Coronel Juárez, Adolfo Juárez, un cobardón, un gallina que si lo vuelvo a encontrar le voy a enseñar pa qué sirven los hombres. El mesmo que me zampó la apaleada de que ya le voy a contar. ¿Y lo ay de creer de qué conversaban? El uno, Benítez, hablaba de que él iba a ser Ministro de la guerra; y el otro maricón hablaba de que los liberales lo habían liquidado y de que una aduana del puerto no le caiba mal pa poder darle de comer a la mujer... ¿Lo ay de creer?

Bien, pues, como le iba contando, el General Villanueva, Antonio Villanueva, fué "comisionao" para que nos echara el discurso a los soldados porque había que darnos ánimo ante el peligro en que nos veíamos. ¡Ave María lo que dijo el General Villanueva, "montao" en su cabayo tordío! ¡Aqueyo vino a la medida!

—Soldados — dijo el General Villanueva — vamos a salvar la patria y a salvar nuestro honor. ¿Quereís morir por estas dos nobles cosas? o causas... (no sé cual).

—Siiiiiiii jué una sóla voz de todo el ejército. Todos los indios de Santa Clara reían del gusto de irse a beber la sangre del Cute Ordóñez. Luego siguió el General:

—Soldados, estamos en un peligro eminente. ¿Os dais cuenta?...

—Siiiiiii. Sí nos damos cuenta decían los indios muertos del gusto de pelear.

—La patria os recompensará vuestro heroísmo, vuestro tradicional or... or... (no sé que jué la palabra después de tradicional: orígen... o pasado, algo como tradicional pasado). Y luego:

—Soldados, somos un puñado de héroes. La historia escribirá nuestros nombres...

(¡Tum! me hizo el corazón, ya me parecía que tenía el Cute Ordoñez agarrado de los cachetes). Y luego uno de los cabeciyas gritó:

—Que viva el valiente General Villanueva!

—¡Que vivaaaaaaaa! gritamos todos.

—Echenle un grito al jefe, dijo alguno.

Y como nadie hacía caso, yo dije:

—¡Que viva el General Gómez, el venidero mandatario de la República!

—¡Que vivaaaaaa! — dijeron todos. Luego yo mesmo tuve la ocurrencia de echarle un "muera" al Cute Ordóñez.

—Que muera el Cute, el andrajoso y pedigüeño, el mañoso que nos ha robao el pisto...

Después el General Villanueva, un poco "inspirao" nos habló de cosas que nos llenó de furia y de coraje contra los condenados liberales.

—Soldados — dijo — si os disertáis en este momento histórico pa la Patria, vuestras mujeres os echarán ajuera como hacían en la antigüedad las valientes mujeres de... esp... Esparka o Esparra...

Luego siguió el General Villanueva:

— Vamos a morir o a vencer...

—A eso meramente vamos — contestó un "desalmao" atracito de yo.

—Vamos — siguió el General — vamos a defender la soberanía, la libertad, el buen nombre del país en el extranjero. Luego se quitó el sombrero, se paró en los estribos de la montura y preguntó con un gritazo:

—¿Todos listos?

—¡Todos! — le respondimos desde el primero hasta el último del ejército.

—¡A eyos! — clamó Villanueva clavando las espuelas en la barriga del cabayo. En ese momento el sonido del corneta dejó de oír un viva pa el General Gómez y los gritos de los muchachos...

Cojimos ladeando el cerro antes de dividirnos, pues ya se había istruído por donde se iba a tirar cada columna pa lograr emboscar al Cute Ordoñez antes de bajar al río sin darle tiempo a subir El Zapotal. La columna del Coronel Bustiyo era la que iba a atacar desde arriba de la punta del cerro. Nosotros íbamos a rodear al Cute hasta que se diera por vencido como "venao" que lo arrinconan los perros y que no sabe por donde escapar. Pues bien, ahora verá: Los muchachos, era una de ver, todos querían beberse la sangre del mañoso Martín Ordoñez que no era General sino aprendís de boticario en la Farmacia del Dr. Werberr o Werba... un gringo de mala ley. Todos los muchachos, como le decía, iban deseosos de atrapar al Cute como garrobo en su cueva. Un tal Serapio Luna que iba conmigo era de los más "entusiasmaos". Le había cáido en gracia el "muera" que le había echado yo al Cute.

—Que muera el Cute, el andrajoso y pedigüeño, el mañoso que se ha "robao" el pisto...

Al tal Serapio Luna le había cáido en gracia la ocurrencia de echarle un "muera" al pobre Ordoñez cuando sólo eran "vivas" los que se echaban.

—Que te valga que sos de Santa Clara — decía el tal Serapio — y que aquí anda con vos un patacho de indios de tu pueblo que te pueden salvar cuando el Cute nos eche carrera, cerro arriba...

Luego otro más "entusiasmao" decía mirando mi cabayo:

—Hombre Chele, lo que yo voy a hacer es sacarle el cuero al Cute pa ponerle una buena cincha a tu montura.

Otro le respondía:

No, el cuero del Cute necesita que lo tuesten con el plano de mi machete pa que se ponga duro y pueda servir pa gamarrón de mi cabayo.

De pronto — en aquella broma que llevábamos — vírgen santísima, de pronto, ¡clarito! como si hubiera sido ay nomás, el corneta de la juerza enemiga... ¡Caracoles! sentí una picazón en todo el cuerpo y no ayaba ni donde rascarme. Todos los de la columna en que iba yo, al mando del Coronel Machado, Isidoro Machado, nos quedamos un poco con duda, sólo oyendo el corneta enemigo que no cesaba... ¡Dios Santo! Lo oíamos como si oyera la serenata de mi pueblo. Como si era algo que había que oír. El mesmo cabayo del Coronel Machado, como si juera un cristiano, paraba los dos orejas pa oír...

Taaatariiii Taaaa Ta, tariiii Taaa tataritaaaaaa...

—Serapio — le dije — aquí como que no va a ver lugar pa sacar correas pa la cincha de mi cabayo.

—Vienen cerca, muchachos, dijo el Coronel. Vienen cerca! (Y el maldito Corneta del enemigo pitando que no cesaba).

—Chele Amaya — llamó el Coronel.

—¡Coronel! — respondí yo, haciendo las cruces pa que no se me diera una mala encomienda.

—Usted sabe el camino, póngase de avansadía. ¿Por dónde nos podremos tirar para llegar a la retaguardia, Chele?

¿Ya las otras columnas deben estar rodeando el cerro?

—Por ay, montaña abajo — le dije yo sin conocer, por echármelas de avesado. Pero amigo, más vale que me hubiera quedado con la boca cerrada! ¡Qué camino! Si no había tal. Todo el pellejo lo íbamos dejando en la punta de las espinas. Los cabayos casi nos cáiban encima. Ni los cabros sabrían salir en aquel rastrojal. Y de pronto oímos el primer tiro, y nosotros sin haber bajado ni a la orilla de la quebrada. ¡Virgencita de los desamparados! Y ¿lo ay de creer? Me dió tanto susto que me persigné... Alabado sea Dios, me dije, ¿acaso no soy el fanfarrón de Santa Clara? ¿Acaso no soy el Chele Amaya, el gayo que sabe hacerle piruetas a las muchachas de mi pueblo? Y ¿lo ay de creer? No era sólo yo el miedento: desde el jefe pa abajo todos teníamos la cara tan jalada como si hubiéramos tenido cuatro semanas de parranda... Y no había pa menos, mi amigo, no había pa menos, el traqueteo se había "soltao" como reguero de pulgas en el lomo de un perro sarnoso... ¡Ave María, si aqueyo daba miedo! Lo que soy yo había "terminao", usted me hubiera visto.

—¡Pen!... ¡Pen!... ¡Pen!... ¡Pen!... ¡Ave María qué traqueteo! Pero no era el traqueteo lo que nos daba miedo, pues a eso mesmamente habíamos venido. Lo que nos daba miedo era que el maldito Cute no nos había dado tiempo de treparnos al cerro, ¿usted comprende?

Por la dirección del tiroteo, ya el Cute Ordóñez estaba arriba del cerro. Ya no había tiempo de que nosotros ocupáramos el cerro. Ya todo estaba "terminao". ¿Lo ay de creer?... Lo único que había que hacer... era ver como se podía salvar el peyejo. ¿Lo ay de creer? Y fué lo que hicimos. ¡Fué lo que hicimos! Pues si lo demás ya estaba perdido, ya no había pa que... Nosotros éramos menos en número y ellos trepados en la punta del cerro nos aventaban bala como palo que se mece pa que caiga la fruta madura... ¿Lo ay de creer? Y le digo a mi Coronel Pacheco:

—Mi Coronel aquí no hay más remedio que tomar las de Viyadiego.

—Yo creo lo mesmo, Chele — me dice el Coronel. Pero hay que ver qué dicen los compañeros pa que no créigan que el jefe es un fustanes... Y en todo eso estábamos, entablada la discusión con los muchachos, cuando ¡Pen! — y vemos... amigo, una columna del Cute que nos hacía fuego ay nomás atracito de nosotros. Ave María y decimos a buscar trincheras y nos agarramos a balazos casi topando las caras uno con el otro. ¿Lo ay de creer? ¡Pen!... ¡Pen!... ¡Pen!... y de pronto aqueyo más seguido, como maíz tostándose en el comal: Pen, pen, pen, pen, pen, pen, pen. Y veo a mis compañeros todos bien atrincherados y sin mucho peligro. Y oígo a mi compañero Serapio que me dice detrás de la piedra:

—Chele, sólo han quedado dos, fijáte.

Y era verdad. La columna que yegó a atacarnos era de seis y sólo habíamos dejado dos en pie. Y entonces le hago viaje a uno de eyos.

—¡Pen! — en la moyera...

Y me voy, amigo, sobre él. Entonces jué cuando avancé esta espada de que le hablo.

—¡Ay hermano no me acabes de matar! Y se me hinca aquel "condenao" suplicándome como una niña, que lo perdonara. ¿Lo ay de creer?

—¡Que te perdone tu madre, hijo de puerca! Le dí un tiro en la boca pa que se cayara. Ay, amigo, celebrando estábamos el triunfo, cuando vemos el resto de nuestro ejército en retirada. Ay amigo, ¿lo ay de creer? Y veo pa la punta del cerro y vemos todo el grueso del ejército enemigo, trepado en la punta del cerro. Ay, amigo. ¿Lo ay de crer? Y nos dice el Coronel Pacheco:

—Amonós que nos avanza el enemigo si abrimos más la jeta.

Era convenido desde antes del tiroteo que en caso de derrota el punto de reunión era el yano Redondo, cerca de Las Campanas. Pa allá salimos. Ay, amigo, allá estaba ya reunido todo el ejército nuestro, pues todas las columnas iban llegando una por una. Y lle-

gamos nosotros, y llego yo, que mejor no hubiera llegao. Ay, amigo, mejor me hubiera "avanzao" el enemimo, mejor me hubieran baliado. Ay, amigo. ¿Lo ay de crer?

Yo que llego y uno que me dice:

—Hay orden de captura pa vos.

Y otro que llega y me dice:

—¡Por orden del General Gómez, que se presente inmediatamente!

Y me presento con la conciencia tranquila, por supuesto. Y me dice el General Gómez:

—¡Sargento Ayala!

—Mi General.

—Usted va a morir ahorcado por traidor.

—¿Traidor, mi General?

—¡Traidor! ¡como lo oye! El ejército acaba de sufrir la más humillante derrota por el informe equivocado que Ud. nos dió. El enemigo estaba ya en el cerro y según su informe el enemigo estaba a media legua detrás del cerro.

—Señor, tal como le dije... pero los discursos, se tardó mucho mi General.

—Coronel Juárez (Aquí es donde me apaleó el maldito Adolfo Juárez, el que quería la Aduana pa darle de comer a la mujer) mándele a dar cincuenta palos por traidor...

Ay, mejor no le contara este incidente que nunca lo ei "contao"... ¡Las costiyas que me quebraron! Mi suben en un palo de roble, mi amarran de los dedos gordos y se ponen cuatro soldados al mando del maldito Juárez a darme palos con cuatro garrotes de ocote. Ay, amigo, por eso es que me he vuelto liberal, porque me hicieron esa jugada los malditos cachurecos...

Y empiezan a darme, amigo: una, dos, tres, cuatro, cinco, veinte, cuarenta, cincuenta, ...

Abrí los ojos y estaba en la casa de un buen hombre, en los brazos de la mujer del hombre:

—¿Cómo se siente, señor? ¡Cómo que le han estropeao! Mi marido lo alló "colgao" de un palo y lo trajo a la casa ya pa morir. Parecía un espanta sanates "colgao" del palo, — refiere mi marido.

—¿Lo ay de crer?

INES

Por el tiempo en que yo cumplía 10 años, llegó Inés a nuestra casa. Un compadre se la recomendó a mi madre para que saliera a la calle con mis hermanas. Era en aquellos tiempos cuando una niña de buena clase social no debía salir sola para que la gente no inventara cuentos...

—Le voy a traer una muchacha que le va a gustar; es humilde, pero muy honrada y trabajadora. Se llama Inés. Es una pobre muchacha que necesita vivir en un hogar de respeto, como el suyo. La madre de ella me ha suplicado que se la recomiende a Ud.

—Tráigamela — le dijo mi madre — y si se porta bien, aquí va a estar más a gusto que en su casa.

Tres días después llegó Inés, que en ese tiempo contaba 19 años. La pobre muchacha llevaba un vestido bastante viejo. Mi madre le regaló un traje usado de una de mis hermanas y ella al momento se vió bien.

Era de buena estatura, delgada, y tenía facciones de muchacha bonita. Era descalza como son todas las muchachas de su clase en Santa Clara. Mostraba unos pies pequeños y blancos, porque era efectivamente muy blanca. Pero lo que más apreciaba en ella — con mis 10 años — era su sonrisa. Tenía hoyuelos en las mejillas y cuando sonreía mostraba en la boca toda la ternura de su corazón.

No hablaba, era silenciosa y hasta misteriosa. Se llenaba de cierto mutismo que a mí, sin embargo, me halagaba en el corazón. No hacía ruido tampoco, parecía una sombra cuando se deslizaba limpiando las sillas, haciendo las camas o componiendo las cintas de las cortinas.

Cuando mi madre o mis hermanas la llamaban:

—¡Inés!

Ella con una voz suave, apenas perceptible, contestaba:

—Señora, qué manda.

Cuando se retiraba a dormir, — tarde de la noche, porque en mi casa siempre había tertulias hasta la una de la mañana, y la presencia de Inés se hacía necesaria — a menudo una señora preguntaba a mi madre:

—¿En donde se consiguió esa muchacha?

—¡Qué buena parece!

—¡Realmente! — agregaba el Dr. Acosta, el más asiduo visitante a las tertulias — ¡Que buena parece!

Mi madre refería la historia de cómo había llegado Inés a la casa y agregaba algo en su elogio. Mis hermanas que escuchaban la conversación decían otros elogios. Yo que no podía mezclarme en la conversación de los grandes, sentía no poder agregar más elogios. Todos la queríamos — no por generosidad — sino porque ella se hacía querer.

En las noches de luna — de aquella luna maravillosa de mi pueblo — ¡cómo me acuerdo de aquellas noches en que jugábamos con Inés!... Todos los niños de la vecindad venían a jugar al "llanito", cerca de nuestra casa. Todos los niños de la vecindad, varones y niñas, llenos de risas, de gritos, de carreras, de alegría y diversión, todos alrededor de ella jugábamos los juegos maravillosos que ella misma nos había enseñado.

Jugábamos "Las escondidas", "El caballito", "San Miguel", "Quien gana pierde", etc etc.

Este "llanito", como llamábamos a aquella parcela de tierra cubierta de zacate de grama donde enterré los ratos más alegres de mi infancia, era o había sido un "solar", ahora abandonado, cuyo tapial o cerca se había caído de puro viejo y no se había vuelto a arreglar por esa negligencia tan propia de la gente de pueblo, que casi siempre son dueños de tierra que nadie cultiva...

Pero nosotros sí, supimos aprovechar esa tierra abandonada. Privarnos del "llanito" hubiera sido como privarnos de la salud, de la alegría, de las carreras, del ejercicio que nos hacía reír, comer con hambre y dormir con sueño... El mismo terrateniente, quien quie-

ra que hubiese sido, no hubiera tenido la ingratitud de privarnos de aquellas horas tan dulcemente inolvidables.

Ella — como he dicho — a pesar de su edad tomaba parte en nuestros juegos, porque realmente tenía en su inocencia mucho de niño. Así fué como aprendí a querer y admirar el corazón sutilmente generoso de Inés. A veces me decía a mi mismo: Si Inés no fuera sirvienta y si yo fuera hombre grande, me casaría con ella...

Recuerdo que entre los juegos que jugábamos, el preferido era "Las escondidas". Me gustaba esconderme y me gustaba que Inés me encontrara porque con su fuerza natural y su espíritu de muchacha alegre, me tomaba en peso, muerta de risa. A veces sentía sus frescas mejillas cerca de mis labios y aquello me producía un natural e inocente encanto.

—¡Ajá, te encontré!

Otra curiosa experiencia que a mí me pasaba con ella, era ésta: Mi madre, guiada por el cariño que le profesaba, le gustaba bromear con ella:

—Te vamos a casar muy bien. ¿Con qué clase de hombre te quieres casar, Inés?

—Con ningun hombre. Yo no me voy a casar nunca, — contestaba.

Y yo sin disimular un reproche le contestaba a mi madre:

—¡Pero, si la casas te va a hacer mucha falta, mamá!

Entonces todos reían, maliciosamente, mirándome. Yo me avergonzaba, pero me daba cuenta de que Inés agradecía mis palabras con una muy amable sonrisa.

Poco tiempo después me convencí de que mi madre no se hubiera separado nunca de ella. Esto se puso a prueba así: Inés era muy religiosa. Un domingo pidió permiso para ir a la Iglesia, muy temprano. Repitió ésto durante varios domingos y por fin mi madre se preocupó y me recomendó a mí para que la acompañara. A ella no le gustó la actitud de mi madre, pero se quedó callada. Fuimos a la Iglesia juntos y cuando salíamos ví yo que un señor de aspecto distinguido, pero que se ocultaba nerviosamente detrás de la puerta, se acercó y le ofreció una rosa muy hermosa que ella no quiso aceptar. Luego desapareció él y pude ver que era el Dr. Acosta...

Cuando llegamos a casa, con mi inocencia de niño referí el incidente a mi madre. Ella se enojó mucho y reprochó a Inés con seriedad. Definitivamente nos prohibió volver más a la Iglesia.

Dos años después tuvo Inés un divertido novio. Era un viejo señor hacendado, de unos 60 años, muy rico y sin herederos, pero ni siquiera su riqueza pudo atraer a Inés. En un principio, supusimos que llegaba como amigo que había sido de la casa, pero sus visitas aumentaron y entonces hicimos conjeturas sobre los propósitos de don Anselmo. Lo peor de todo era que en sus largas visitas, el material de conversación se agotaba. Don Anselmo no entendía nada que no fuese mulas,

potreros, cueros y maíz. Mi madre, dueña de hacienda, entendía algo, pero mis hermanas y yo nos poníamos a bostezar. Don Anselmo debió haber pensado que su sistema no era práctico, pues nunca conseguía hablar a solas con Inés. Y entonces el viejo compró un ramo de flores y llegó de visita como de costumbre. Mis hermanas al ver el hermoso ramo de flores, le agradecieron con los ojos, pero él se apuró a rectificar:

—Son unas florcitas para Julita, la muchacha — dijo.

—¿A qué muchacha se refiere? — le preguntó mi madre.

—A la muchacha que tiene Ud. aquí — le contestó don Anselmo.

—Ud. se refiere a Inés — le rectificó una de mis hermanas.

—Sí, a Inés... a Inés, se me olvida el nombre...

Fuimos a llamarla y como Inés entendía de bromas y jamás daba a entender cuando alguna cosa no le gustaba, recibió las flores y le prometió usarlas en su nombre...

Mi madre y mis hermanas le hicieron campo, como se dice, y quedó don Anselmo sólo en la sala con Inés. Pero el viejo abusó de la generosidad, pues se estuvo cuatro horas sin moverse de la silla. Mucho tiempo después contaba ella que en aquella misma tarde le había hecho la propuesta de matrimonio. Ella se divertía mucho con él, pero le había dado a entender que no aceptaba obsequios.

El se conformaba entonces con visitarla...

Cuando él se volvió al campo en donde vivía, desde allá le continuaba escribiendo con una mala letra. Le mandaba frutas, quesos frescos y flores del campo...

Cuando Inés — mucho tiempo después abandonó para siempre nuestra casa, él todavía le enviaba cartas. Mi madre tuvo que escribirle diciéndole que Inés ya no vivía en nuestra casa y que nadie sabía para donde se había ido.

Ni nosotros sabemos para donde se fué, le decía en la carta.

Inés desapareció misteriosamente, pero no fué una cosa extraña porque su carácter y su conducta habían cambiado completamente. Aquella Inés tan apegada a nuestra casa, dejó de ser así para volverse una indiferente. Durante mucho tiempo había ido a visitar a su familia, en las mañanas y sin que nosotros supiéramos. Y alguna vez mi madre la reprendió duramente por su afan de pasarse todas las tardes sentada en las ventanas mirando para la calle...

Por fín ella hizo el papel de que se resentía mucho con las continuas represiones de mi madre, y en la noche de un sábado, sin decir adios, se fué.

Qué cosa tan curiosa era no saber a dónde se había ido: en un pueblo tan pequeño.

Nunca volvimos a saber nada hasta que mucho tiempo después, allí, en la bella propiedad del Dr. Acosta, el asíduo visitante a las tertulias de la casa, mi madre se encontró con dos muchachitos: hijos los dos de Inés,

el uno de cuatro años y el otro de dos, los dos muy bonitos, pero pobremente vestidos...

—¿No sabe Ud. quién es la madre? —

—No, no sé, — contestó mi madre.

—Pues la madre es Inés, la muchacha que Ud. tenía. ¿Recuerda?

—¿Inés?...

—Sí. Y el padre es el Dr. Acosta...

EL MUJERIEGO

Había una pícara y maliciosa alegría cuando se oían las últimas palabras del maestro. Era una alegría de pensar que se aproximaba el recreo, y que el cuerpo y el espíritu ya serían libres para jugar...

El maestro — de cuello desproporcionado y zapatos de cuero de cerdo — se levantaba para sonar el pequeño timbre. Entonces nos parábamos en cuanto oíamos el timbre, sonreíamos y expandíamos los pulmones. Otro toque: empezábamos a marchar hacia el corredor: una, dos, una, dos, una, dos,... Otro toque: la marcha concluía en el corredor. Otro toque: nos volvíamos de frente al maestro. Otro toque, el último: un grito general se levantaba de todos los pechos al dispersarnos llenos de alegría, corriendo, a gozar de quince minutos de recreo...

Unos hacíamos ejercicios en los aparatos de gimnasia, otros jugábamos a la "rayuela", otros nos sentábamos en un viejo banco de carpintería. El sol del

trópico caía de plano sobre nuestras cabezas. Un grupo de muchachos reía alegremente acerca de un chiste que le habían inventado a Mariano. El chiste consistía en que Mariano le mandaba cartas de amor a la novia y las cartas le eran entregadas al furibundo padre de la novia... Todos celebrábamos. Sólo Sergio, que en compañía de su hermanito, había llegado hacía unos días a la Escuela, no participaba de nuestra alegría. El le tenía miedo a los niños malvados que lo maltrataban mucho. La madre de ellos gozaba de mala reputación entre la gente de la vecindad y por eso los niños lo llamaban "el hijo natural"...

Sergio vestía pobremente, pero su hermanito vestía bien. El calzado nuevo y el trajecito de marinero que usaba el hermanito realzaba entre los trajes sucios de casi todos los demás niños. Sergio meditaba en su situación mientras los demás reían. Pensaba en lo que pasaría si él peleara con Teodosio. No se explicaba por qué Teodosio lo hacía sufrir tanto, a él y a su hermanito. Las cosas habían llegado a tal grado que Sergio casi se decidía a vengarse cuerpo a cuerpo de las burlas y las injurias de Teodosio. El maestro leyó un día la edad de los niños, dijo que Teodosio tenía 11 años, Sergio 10 y Meme, el hermanito de Sergio, 6 años. Desde el duro asiento observaba yo las miradas de venganza que el niño Sergio le dirigía al niño Teodosio. Sólo era yo, entre todos los niños, quien se daba cuenta del drama que a poco se iba a desarrollar entre los dos compañeros. Mientras el maestro explicaba una lección de aritmética con la ilustración de un niño — que "fué al mercado a comprar huevos y que llevaba un peso y que los huevos estaban a tres por un real y que ¿cuántos huevos compraría? — etc., yo no ponía mayor atención sino que observaba las miradas de reto que el niño Sergio le dirigía al niño Teodosio. Este último — confiando en su prestigio de peleador — seguía la explicación del maestro sin darse cuenta de los ojos agresivos con que lo miraba el niño Sergio. De pronto se oía:

—Caitudo, hijo natural...

—¡Qué pasa! ¿Quién habló? — preguntaba el maestro interrumpiendo su clase.

—Fué el niño Teodosio insultando al niño Meme — respondía un niño calladito que se llamaba Tobías. El niño Teodosio se dirigía al niño Tobías:

—¡Chismoso!

El maestro agarraba el puntero con que explicaba la lección y se dirigía a donde Teodosio, lo agarraba de las orejas y se lo llevaba al cuarto vecino. De pronto se oían los gritos y el llanto de Teodosio.

El maestro regresaba agitado y preguntaba:

—¿Hay algún niño que viva cerca de la casa de Teodosio?

—Yo — respondía Tobías. — La mamá es Francisca. Viven cerca de casa...

—No llame con esa familiaridad a las personas mayores — ordenaba el maestro. — Diga Vd. doña

Francisca y sino es casada diga Vd. señora Francisca. ¿Me entiende?

—Sí, respondía Tobías un tanto avergonzado. Sonreíamos todos maliciosamente al ver la actitud de humildad con que permanecía Tobías.

—Pase Vd., Tobías, donde doña Francisca o donde la señora Francisca y dígale que su hijo Teodosio se ha portado mal y que aquí se quedará encerrado en la Escuela sin ir a almozar.

—Está bien, señor — respondía Tobías —. En su actitud de cínica humildad se veía sin embargo un gozo y era el gozo de saber que Teodosio se quedaría sin ir a almorzar...

Concluía por fin la clase. Las últimas explicaciones del maestro nadie las escuchaba, todos pensábamos en irnos a almorzar a nuestras casas. Sonaba el timbre y salíamos marchando: una, dos, una, dos, una, dos, etc. Al pasar por las perchas del corredor recogíamos nuestros sombreros o nuestras gorras, pero no nos las poníamos hasta que salíamos a la calle. Allí rompíamos también la marcha y cada uno agarraba el camino de su casa.

Sergio — siempre con su hermanito de la mano — caminaba pensativo y callado a su casa. El aspecto de la casa donde ellos vivían era de pobreza y de poco aseo en el interior. El traje limpio y valioso de Meme formaba un completo contraste con la suciedad y la pobreza del interior de la casa.

—¿Pasaron por donde don Nacho? — les preguntaba la madre.

—Sí.

—¿Qué les dió?

—Dulces,

—¿Te dás cuenta Toribio? Para ellos hay vestidos, dulces y a la madre no le dá nada...

—Mujer, y ¿a vos que te vá a dar? A ellos les hace regalos porque son sus hijos, la madre no le importa...

—¿Qué? ¿Que yo no le importo?..

—¡Já, já, já! Con que le oí decir en la tienda de González que había que echarte afuera del pueblo. Que no conociyas la vergüenza, que teniyas siete hijos y que seguías teniendo más...

—Sí, pero él es el padre de dos...

—¡No entiendes, mujer!..

—Y además con las otras no es malo. A Balbina le dá, yo se que le dá. Sólo a Francisca, la madre de Teodosio y a mí, no nos dá nada ese viejo miserable. Pero ya me voy a poner de acuerdo con Francisca para que juntas le demos un susto.

—¿Quién es el papá de Teodosio, mamá? — le preguntó Sergio — que siempre escuchaba la conversación entre su madre y Toribio, el amante.

—El mismo de Vds., hijo. Ese viejo miserable.

Sergio se puso pálido como un muerto. Luego volvió a preguntar:

BIBLIOTECA INDUSTRIAL

—Pero a Teodosio no le ha regalado un vestido como el de Meme, ni zapatos...

—Por eso digo que con Francisca es peor porque ni al muchacho le hace caso...

—¿Y Teodosio es el hermano de nosotros, mamá?

—Sí.

—¿No les ha dicho él que son hermanitos? ¿No les hace cariños en la escuela? — le preguntó Toribio.

—¿Qué? ¿Cariños? Me odia, me ha puesto un apodo...

—¿Qué apodo? — preguntó la madre con impaciencia.

—"El hijo natural"...

—¡Ja, ja ja! — volvió a reir Toribio.

—Pues cuando te diga eso, dile que, si Meme o vos son hijos naturales, él también es.

Que su madre Francisca, lo mismo que yo, se enredó con ese hombre sin ser casada. Que eso todo el mundo lo sabe...

—Mama — habló un día Sergio con miedo — yo creo... yo creo... ¿porqué es que no nos quiere Teodosio...

—¿Por qué?

—Porque él no le dió un vestido, ni zapatos como a Meme...

—¿Quién es él? — Preguntó Toribio con sarcasmo.

—Pues él, don Nacho.

Toribio por todo comentario volvió a soltar otra carcajada. Sergio se fué al patio, agarró el clavo que había estado afilando para pelear con Teodosio, y lo tiró sobre el techo de la casa. Había dispuesto no pelear con Teodosio, bastaba que Teodosio fuera su hermano...

Se sentó después a meditar: que extraña era la vida para él. Ese mismo día había visto tantas cosas que no se había podido explicar: El hecho de que su madre tuviera siete hijos con diferentes padres. El hecho de que Teodosio, su peor enemigo, fuera su hermano. El hecho — finalmente — de que Toribio besara a su madre con aquella confianza... Sintió repugnancia de todas aquellas cosas. Luego pensó que todo lo que le rodeaba era distinto de aquello que a él le gustaba. Se sintió sólo, sólo completamente, sólo en el mundo, sin parientes, sin amigos y sin afectos. Le dió repugnancia hasta el traje de Meme. Para no verlo más con aquél traje, fué adentro, sacó el traje sucio que Meme usaba siempre y se lo cambió. Con la conciencia más tranquila, agarró sus libros y se fué a estudiar sus lecciones. Tenía un ansia infinita de aprender a leer y de aprender a sumar. Se sentía feliz de estar en la escuela y aprender a leer. Debía ser una felicidad poder leer una carta. También le gustaría ayudarle a su madre a sacar la cuenta sin tener que usar los dedos, sino aquellos números que el maestro usaba en el pizarrón. Estuvo luchando por adivinar lo que decían los libros, no entendió nada, pero se conformó con

observar unos dibujos que había en el libro. ¡Qué bonito sonaba y que interesante aquello que Toribio leía sin dificultad!

Después que almorzó dispuso irse a la escuela inmediatamente para no llegar tarde. Se peinó el cabello mirándose en el espejo y luego peinó el cabello de su hermanito. Luego preparó sus libros y su lápiz y se fué para la escuela con su hermanito de la mano. Ellos dos fueron los primeros en llegar. Después arribaron otros niños. Todos se fueron acercando a observar a Sergio y a su hermanito con curiosidad. Cuando Teodosio llegó le preguntaron los otros niños sorprendidos, si el maestro lo había sacado para que fuera a almorzar y él contestó que sí... Luego Teodosio descubrió que allí estaba Sergio con su hermanito. Sergio mientras tanto yacía muy humilde, sentado, con los libros en una mano y con la otra mano apretando la de su hermanito que permanecía sentado a un lado suyo.

Los dos tenían el cabello negro, pero Sergio tenía el cutis trigueño y los ojos pequeños. El hermanito tenía unos ojos inmensos que siempre los tenía abiertos en actitud de observador. Aquellos ojazos siempre abiertos infundían simpatía y al mismo tiempo daban risa por el candor y la inocencia conque el niño tenía sus ojos siempre observando. Sergio también infundía simpatía, pero ya no era por su inocencia, sino más bien por su seriedad de hombre grande. También infundía cariño por el cuidado con que llevaba a su hermanito de la mano, la manera como le limpiaba el trajecito y la seriedad con que le daba consejos.

Teodosio, a pesar de ser hermano, no se parecía con ellos. Teodosio era flaco y alto, uno de los más altos de la clase. Pero tenía un modo de ver y de hablar que infundía desconfianza. Siempre usaba la ironía y siempre estaba listo a contradecir lo que los otros decían. Esto lo hacía antipático. Su traje, sus dientes y su cabello daban el aspecto de un niño descuidado.

Sergio no se dió cuenta de la presencia de Teodosio, sino hasta que oyó el escándalo de éste con el traje de Meme:

—¡Muchachos! Vengan a ver éste... Le cambiaron el vestido para que no se fuera a orinar en los pantalones nuevos... ¡Já, já já!

Todos se fueron acercando alrededor de Meme. Teodosio que tenía fama como gracioso quiso lucirse a expensas de Sergio:

—¿Es verdad que sos hijo natural? ¿Es verdad que tu máma tiene nueve muchachos y ni ella sabe quiénes son los padres de Uds.? ¿Quién es tu pápa? ¿Quién es el pápa de tu hermanito? Dí ¿quién es el pápa?

No sabe, no tiene.

Sergio volvió la cabeza y bajó los ojos sobre su hermanito. Meme mientras tanto miraba a todos con una sonrisa de inocencia. Pero Sergio sintió que las palabras de Teodosio le deshacían su corazón a pedazos. Las burlas continuas de Teodosio le dolían más que si todo aquel grupo de muchachos le hubiese agarrado

a golpes con la misma ingratitud con que los perros del barrio agarran a mordidas a algún perro extraño que se acerca a la vecindad.

—Me debes una — le siguió diciendo Teodosio, — por culpa de tu hermano me pegó el maestro. ¿Estás pensando que se me ha olvidado?

Otro muchacho que se llamaba Mariano se acercó a quitarle la gorra a Sergio. Se la iba quitando de la cabeza poco a poco, creía que Sergio no había sentido. Sergio que había soportado con paciencia las burlas de Teodosio, no quiso soportar las de Mariano. Mientras Mariano le iba quitando la gorra poco a poco, él se metió la mano al bolsillo del saco y agarró el lápiz de punta. Cuando Mariano tiró con fuerza de la gorra, Sergio le detuvo el brazo con la mano izquierda y con la derecha le hundió el lápiz de punta en el hombro derecho. Mariano se reculó al momento con dolor y con sorpresa. Pero con el aumento del dolor se llenó de terrible y súbita cólera. Dió un paso adelante y como Sergio vino a su encuentro, fácil le fué agarrarlo del cabello.

Sergio mientras tanto no pudo defenderse con las manos y entonces le dió un puntapié en el vientre a Mariano hasta derribarlo. Al verlo caer — colérico y queriendo aprovechar toda oportunidad porque Mariano era más grande — se le tiró encima. Todos los muchachos hicieron rueda, alegres de ver la riña. El grupo entero aplaudía y celebraba con gran escándalo.

—Dale, Mariano, dale, no seas cobarde.

Los dos compañeros se tiraban del cabello, los dos luchando sobre el suelo sin poder levantarse y con las caras manando sangre porque se hundían las uñas como garras.

De pronto el grito de todos se paralizó y el único ruido que se oía era el de los dos compañeros que peleaban. Los demás agarraron los libros y se metieron a la Escuela que en ese momento acababan de abrir. El maestro estaba allí, cerca de los que peleaban. Había llegado sin que lo sintieran. Se acercó despacio, agarró a Sergio que estaba sobre Mariano en ese momento, y lo tiró a diez pies sobre el frente de la casa vecina. Como si aquella no fuera suficiente, se dirigió otra vez hacia donde Sergio con la mano apuñada y le dió otro golpe más fuerte aún.

—De tal palo tal astilla — le dijo. — ¡Que te compre quien no te conoce, picarito!

Sergio temblando de pánico, con el cabello sobre los ojos y con el cuerpo sangrando, buscó a su hermanito por todas partes. El muchachito, a pesar de su corta edad se había dado cuenta del peligro en que se encontraba su hermano mayor, le había recogido la gorra y lo miraba con las lágrimas en los ojos. Sergio lo agarró de la mano y entró a la Escuela lo mismo que los otros.

El maestro llamó a Mariano que manaba sangre de la herida que Sergio le había producido con la punta del lápiz. Examinó la herida de Mariano y dijo:

—Hay que echarlos afuera de la Escuela. Van a resultar tan pícaros como su madre...

Dos horas después salió expulsado Sergio, con su hermanito... Llevaban sus dos libros nuevos y sus lápices también nuevos. Sergio lloraba desconsoladamente y se limpiaba las lágrimas con la gorra. De vez en cuando volvía la vista hacia la Escuela y volvía a llorar más como si fuera su casa la que abandonaba para siempre. Pero Meme, llevado por la mano de su hermano mayor, caminaba tan satisfecho como cuando había entrado a la Escuela.

Teodosio también fué expulsado esa misma tarde. El maestro preguntó por el motivo de la riña entre Sergio y Mariano. Los que mejor presenciaron el pleito hicieron declaraciones y así se supo que Teodosio le había provocado.

—¿No lo dejé encerrado? ¿Cómo hizo Ud. para salirse de la Escuela? — le preguntó el maestro.

—Rompí la ventana — contestó.

—¿Por qué hizo Ud. eso?

—Por que tenía hambre y yo como cuando tengo hambre... — contestó Teodosio.

Fueron a ver la ventana y, efectivamente, había sido rota con un palo grueso que servía para asegurar la puerta principal. Probablemente más que hambre, lo que Teodosio sintió fué miedo, pues la pieza quedó completamente cerrada y era muy obscura.

—Sálgase Ud. por esa misma ventana — le dijo el maestro—, y no vuelva más a la Escuela.

Teodosio agarró su sombrero, se tiró por la ventana y no volvió más.

Sergio y su hermanito, en vez de irse para su casa, se fueron a sentar al parque que quedaba en la plaza principal. Allí se puso Sergio a sollozar y a hojear los libros como si hubieran sido el recuerdo de algún triste naufragio. Cerca del asiento en donde ellos estaban permanecía un señor haciendo círculos en el suelo con la punta del bastón. Cuando el señor vió a Sergio llorando y el hermanito contemplando las lágrimas de su hermano mayor, se acercó. Sergio le refirió con franqueza lo que le pasaba. El señor era el Juez de Letras del pueblo, era un hombre conocido, sobre todo por su amistad con los niños. Agarró el libro de Sergio y le leyó cinco páginas que Sergio escuchó como si se tratara de una música celestial. Cuando el señor concluyó de leer, Sergio agarró fuertemente el libro y lo apretó entre sus brazos. Sentía gran alegría saber que el libro era suyo, que lo que el hombre había leído estaba en aquel libro y que algún día él iba a poder leer su libro. El hombre se interesó en Sergio. Pronto hicieron amistad los dos. El hombre era amigo de los niños y les hizo cariño a los dos hermanitos. Dispuso enseñarle a leer él mismo a Sergio.

El niño sintió una alegría inmensa y le prometió hacerle mandados y limpiarle la pieza todos los días si le enseñaba a leer... El hombre accedió con placer y el niño volvió a reír con alegría.

Ahora Sergio pasaba el tiempo trabajando mucho. Le arreglaba la pieza al Señor Juez de Letras y éste con cariño de padre y paciencia de maestro le enseñaba a leer. Sergio regresaba a su casa muy satisfecho. Contaba a su madre los progresos que hacía.

A veces, con lo poco que iba aprendiendo, le daba lecciones a Meme. Durante el resto del día ayudaba a su madre. Los demás hermanos no se interesaban en ir a la Escuela ni en ayudar a la madre: vagaban por las calles del pueblo y comían con el alimento que les daban en pago de mandados que hacían a las familias más ricas. Sólo durante la noche se reunían los siete hijos. Todos se retiraban a dormir y Sergio se quedaba estudiando sus lecciones para el día siguiente.

Mariano quería vengarse. Creía que Sergio lo había humillado en la cara de sus compañeros. Debía vengarse, estaba obligado moralmente a hacerlo. Por las noches, frente a la casa de Sergio vagaba un grupo de sombras. Andaban todos ellos armados con piedras y varas de alambre. Sergio que se dedicaba a estudiar sus lecciones, ignoraba que lo tenían en acecho.

Pasaba Mariano a la cabeza de sus compañeros por el frente y por detrás de la casa. Sergio no salía y Mariano se impacientaba.

—Esta noche no se pudo — les decía a los compañeros. Pero mañana le vamos a dar una bejuqueada...

Cuando la noche del día siguiente llegaba, frente a la casa, pasaban las sombras de los asaltantes...

Don Nacho o don Ignacio — el padre de Sergio, de Teodosio y de Meme — era un comerciante que tenía su negocio establecido en su propia casa. Tenía allí un completo surtido de jabón, hilo, agujas, estampillas, sombreros de paja, manta, lazos, vestidos de mujer hechos de percal y que él vendía a las sirvientas. También tenía allí maíz, trigo, cebollas, etc. Don Nacho Molina era viudo y mujeriego. La esposa de don Nacho había sido una prima suya, había muerto de una pulmonía. Trabajaba él sin amor al trabajo, pero era porque amaba el dinero. Nunca sentía cansancio. Trabajaba y mientras trabajaba bromeaba con los que lo visitaban. Don Nacho era altísimo y flaco. Se le tenía cierto respeto por sus pequeños ahorros. Se le estimaba por que contaba chistes graciosos. Vivía en su casa completamente solo. Trabajaba y se aburría porque odiaba el silencio y carecía de iniciativa interior.

Una noche de copioso invierno en que don Nacho se entretenía en contar su dinero, se oyó que tocaban la puerta:

—¡Adelante!

Fué a abrir y se encontró con una pobre mujer que derramaba lágrimas de dolor...

—Don Ignacio — le dijo — ay... su hijo... lo han herido... los muchachos... le quebraron una pierna...

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Que a Sergio le quebraron una pierna... Que lo golpearon terriblemente y el pobrecito no pudo defenderse contra muchos. Está herido gravemente...

El comerciante con el rostro blanco de cólera, sin oír más, le dijo:

—Yo voy a castigar al autor de eso. (Luego corrió, abrió una gaveta, sacó un revólver cargado y se lo metió en el bolsillo). Si no lo castigan como yo quiero. ya voy a arreglarlo con el padre del muchacho... Los padres son siempre los culpables... Andá tú a ver al médico.

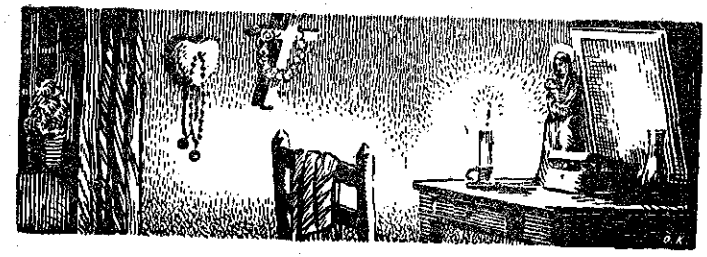
—No, no es el médico. Ya lo vió, lo que quiero es que Ud. como hombre se vengue personalmente porque ese muchacho es más grande que Sergio y andaba con otros. Es una ingratitud...

—¿Quién fué ese muchacho? — preguntó el padre enfurecido y lleno de cólera.

—Mariano, el hijo de Elisa.

El comerciante se calló. Volvió a meter el revólver de donde lo había sacado, se quedó pensativo y por fin dijo:

—Hay que arreglar eso de otro modo, María. Es... es... que Mariano también es mi hijo...



LA VIRGEN MILAGROSA

Rosita Peñalba vivía en las orillas del pueblo. La carretera que conduce hacia occidente, pasaba al frente y a pocos metros de su casa. Vivía en compañía de su madre, doña Agueda, una señora muy robusta y conversadora que sabía cocinar muy bien. Rosita no hacía más que coser y aburrirse, especialmente en los días de calor. Sufría ella, sentía la nostalgia de una no cercana perspectiva de matrimonio y como ya había cumplido 26 años creía ella que ya empezaba a envejecer. Era de mediano cuerpo, delgada y pálida. Tenía los ojos y el cabello negros. Era amiga de las flores y de los pájaros. Cuando no cosía sentada en la puerta, generalmente andaba regando agua a sus flores y dándole de comer a un pajarito que ella tenía en una pequeña jaula colgando en el corredor.

Mientras tanto cantaba una inconclusa canción que se le oía cantar desde que amanecía hasta que anoche-

cía. También Rosita gastaba tiempo en arreglarse, se ponía una flor en el peinado, se empolvaba, se ponía alguno de aquellos vestidos ya muy usados, pero que ella los guardaba como nuevos. Se arreglaba de esta manera los domingos por la mañana, cuando iba a misa. Los demás días recibía la visita de un frío y callado novio, Carlos Núñez. Hacía cuatro años que le hacía la visita quizás hasta por hábito. Llegaba después de la cena, sacaba cigarrillos de los cuales le obsequiaba uno a doña Agueda, luego sin que le dijeran nada, se sentaba en su silla favorita y en su lugar también favorito. Y empezaba a referir lo que había oído decir en el pueblo!...

Aunque Carlos llegaba por ver a Rosita, era tal su frialdad y su modo campechano que Rosita creía que llegaba más bien por conversar con doña Agueda... Era tal su frialdad y su indiferencia que nunca se le vió ni enojado ni preocupado, siempre el mismo Carlos Núñez de siempre.

Si Rosita se arreglaba para recibirlo o si lo recibía de cualquier modo, él parecía que no notaba la diferencia, se presentaba como siempre: amable, conversador y frío hasta el colmo. A veces Rosita se proponía enojarlo, pero Carlos no se enojaba nunca. A doña Agueda le gustaba el modo de Carlos, decía que era un hombre franco y sencillo con quien se podía conversar con mucha confianza. Rosita en cambio, se enfermaba de los nervios ante la frialdad de Carlos.

El tiempo iba pasando — Rosita contaba los segundos — pero el amante nunca habló de matrimonio...

Carlos Núñez era alto, un poco jorobado, andaba despacio, conocía a todo el mundo en el pueblo y todo el mundo lo conocía a él. Tendría por ese tiempo 37 años. Vestía humildemente, le repugnaba vestirse bien. Parecía que se sentía mejor cuando llevaba un traje de uso diario. Le gustaba rozarse con la gente humilde y sin pretensiones de ninguna clase. Era querido por todos, precisamente por su manera de ser.

No conocía el artificio en su lenguaje, ni en su traje, ni en sus costumbres.

Con Carlos todo el mundo se sentía tranquilo, sin preocupaciones de ninguna clase. Sabían todos que era un alma de Dios porque nunca criticaba nada y ni se fijaba en los defectos de los demás. Carlos, sino hubiera sido por un pié que le dolía de vez en cuando, se hubiera sentido completamente feliz. Su madre, al morir, le había dejado una casa y unas cuantas vacas. Vivía, pues sin trabajar y él decía que se sentía tranquilo y feliz. El hermano de Carlos, muerto dos años atrás, había sido muy aficionado a la mecánica, era rengo de nacimiento. Doña Agueda creía, naturalmente, que Carlos era un buen partido y que su hija debería casarse con él. Rosita, a falta de otro, se resignaba, pero tenía ya cuatro años de estar esperando la propuesta. Carlos no era, por convicciones, ni por temperamento, un hombre de precisiones. Mientras él es-

tuviese seguro del cariño de Rosita, poco le importaba la fecha del matrimonio...

Durante las cotidianas visitas de Carlos, siempre se sucedían las mismas escenas.

Llegaba él y se sentaba en su silla y en su puesto favorito, sacaba los cigarrillos y le obsequiaba uno a doña Agueda. Rosita salía después, un poco empolvada y con aire estudiado, se acercaba un poco fría y le decía al visitante:

—Cómo está Carlos, qué noticias trae...

—Bien, Rosita. Pues las de siempre...

Luego los tres hablaban de la tristeza del pueblo. Rosita era la única que hacía un gesto de enojo. Doña Agueda y Carlos celebraban el enojo de Rosita. Decía Rosita:

—Este pueblo es horrible... Da ganas de salir con las manos en la cabeza...

El le guiñaba el ojo a Doña Agueda y le contestaba:

—Pero Rosita, si Santa Clara es mejor que París. Aquí por lo menos hay más tranquilidad. Uno se levanta a la hora que quiere y se acuesta a la hora que quiere y nunca hay preocupaciones... Luego tenemos tan buen clima y tan buena agua...

—Por Dios, Carlos, no diga eso. Ud. parece viejo. No ve Ud. esas calles tan desiertas que no se ve gente.

Doña Agueda le decía sonriendo:

—Pero hija, qué le vamos a hacer...

Lo único que él hacía para demostrarle su cariño a Rosita, era mirarla fijamente. Cuando Rosita levantaba la vista, generalmente sus ojos tropezaban con los ojos de él. Ella se ponía sonrojada y él con frialdad volvía a ver a Doña Agueda para estar seguro que la madre no los había cogido en el acto de cruzarse las miradas. Por lo demás Carlos apenas si gustaba de comparar las cosas bonitas con los ojos de Rosita. Pero nunca hablaba de matrimonio ni de su amor para ella como una cosa cierta.

Rosita había llegado a creer que el amor de él era más bien para aquella silla vieja en que se venía a sentar todas las noches. Había veces que transcurría media hora sin que ninguno de los tres dijera nada. Parecía que el material de conversación se les había concluído. El aprovechaba estos instantes para devorar con los ojos a Rosita que cosía con la cabeza baja y los dedos temblorosos... Generalmente la madre reprendía a la hija por la rudeza con que contestaba a las preguntas de Carlos. Tampoco en obsequios era muy pródigo él, lo único que hacía era enviarle una tarjeta postal cada año, el día de su cumpleaños. En el reverso de la tarjeta postal, le escribía una frase en que la comparaba con las flores y con las aves. Rosita agradecía mucho esas frases. Leía tanto las tarjetas postales de cada año que ya se sabía de memoria todas las frases que le había escrito.

Rosita estaba completamente segura que él no tenía otra novia, pues no era un Don Juan. Eso la conformaba mucho. Pero no estaba segura si él la amaba a ella. Por lo menos directamente nunca se lo había

dicho. A veces pensaba ella que lo que pasaba era que Carlos se aburría de vivir solo en su casa y para pasar el rato se iba a visitar la casa de ella que quedaba un poco cerca...

Mientras los meses pasaban, Rosita se miraba el rostro en un espejo quebrado que vivía limpiando hacía muchos años. Se atormentaba su vida ella misma cuando se ponía a pensar que ella tenía la culpa de la frialdad de Carlos. Se decía que era su falta de atracción y de gracia lo que motivaba la indiferencia de él. Pero en el pueblo se hablaba todo el tiempo del probable matrimonio de él con ella. Como Carlos no sabía bailar y tampoco era amigo de bailes, nunca volvieron a invitar a Rosita como antes habían hecho, pues sabían que la visita de él no faltaba nunca. Rosita no se resentía, pues en el fondo gozaba mucho en estar cerca de Carlos a quien, sin embargo, principiaba a amar con toda la fuerza de su corazón.

Aconteció que una tía de Rosita, hermana de Doña Agueda, llegó inesperadamente a Santa Clara. Aquella fué una alegre visita que las dos mujeres agradecieron porque hacía tiempos que no la veían y porque ya tendrían nuevos temas y una persona más con quien conversar.

La tía que llegó con su hijo mayor, ya casado, vivía en Lepaira con su esposo y una larga familia. Hacía 10 años que había estado la última vez en Santa Clara. Por aquel tiempo Rosita era muy popular con los hombres. Tenía cinco admiradores y por eso la tía creyó que ya estaría casada.

—¿Que te pasa, hijita? Yo creía que ya eras dueña de un hogar...

Ella le respondió la pregunta con una mirada tímida, como diciéndole:

—Tiene razón, tía. Ya debería estar casada.

Después que le había pasado el dolor de aquella inesperada pregunta, consiguió reflexionar y se alegró de que su tía le hubiera dado una buena oportunidad para confesárselo todo. Ya tendría una confidente a quien le podría confiar todas aquellas infinitas penas que por tanto tiempo había guardado en secreto. Pero que sin embargo pugnaban por evadirse como aves prisioneras que sólo son felices cuando pueden volar. Le preguntó primero con timidez si quería ser su confidente y la tía le dijo que con mil amores.

Entonces Rosita principió a contárselo todo. Cuando la buena tía oyó aquel simple relato, se quedó callada. Después de permanecer un rato en silencio, con una fe admirable y una tranquilidad de mujer que conoce lo que hace, le dijo:

—Hijita, mañana nos vamos a Lepaira a ver la Virgen. Ella te va a hacer el milagro.

Rosita aceptó ir a ver la Virgen.

Es tal la fama de la Virgen de Lepaira que en ese lugar hacen romerías personas de todas partes de la República. Se cuentan tantas cosas bellas de los mila-

gros de la Virgen de Lepaira. Se dice que ha curado tuberculosos, ciegos y hasta males de amor...

Existe anualmente una popular fiesta en honor de la Virgen que se llama la Fiesta de Lepaira. Se le hacen regalos, algunos muy valiosos y esa es una razón por que el Altar en que está colocada es muy suntuoso. Además es costumbre que los creyentes que llegan de lejanas tierras a que les confiera un milagro, deben, antes, desprenderse del objeto que más quieran y obsequiárselo a la Virgen. De lo contrario con anticipación saben que el milagro no será conferido.

Por eso cuando Rosita se arrimó al Altar de la Virgen, lo que primero hizo fué quitarse un collar o soguilla que llevaba siempre en el cuello cuando se ponía sus mejores vestidos. Aquel era el objeto que más quería ella. Después se puso a rezar y por último a implorarle el gran favor por el cual había venido:

—Haz que Carlos se case conmigo, Virgencita milagrosa. Quiero estar segura si él me quiere. Quiero estar segura de su cariño y quiero que él me lo pruebe casándose conmigo. Te lo pide de rodillas una pobre alma que cree ciegamente en tus milagros y en tu gran poder divino. Te bendeciré toda mi vida y haré que mis hijos, si logro tenerlos, se mueran bendiciéndote a ti, Virgencita adorada. Me quito este pequeño collar que he llevado toda mi vida para obsequiártelo a tí. Ten seguridad de la fé verdadera con que te lo pido. Tengo fé en tus milagros y te lo pido con todo mi corazón, Virgen milagrosa.

. . . . . .

Cuando Carlos Núñez esa misma noche visitó la casa como de costumbre y doña Agueda le contó el viaje súbito de Rosita para Lepaira, se sentó en la silla, pero esa noche no tuvo deseos de hablar. Nunca se imaginó que Rosita le podría hacer tanta falta. Estaba tan acostumbrado a verla todas las noches al frente de sí, que ahora se sentía lleno de una gran tristeza. Mayor fué su dolor cuando supo que Rosita no volvería antes de una semana. Doña Agueda trató de conversar largamente con él, como de costumbre, pero Carlos, con el pretexto de que le dolía la cabeza, se despidió más temprano que nunca. El mismo se sorprendió de la falta que le hacía Rosita. Al día siguiente para no tener que recordar la voz, los gestos y toda la persona de ella, dispuso no volver a la casa mientras estuviera ausente. Mientras tanto se paseaba por las calles del pueblo, pero se sentía incómodo al recordar la distancia de ocho leguas que lo separaba de Rosita.

—Si me hubiera anunciado el viaje, habríamos ido juntos — se decía él solo.

Se sentía desazonado, incómodo y aburrido. El recuerdo de Rosita no se lo quitaba ni un momento de la cabeza.

—Nunca se sabe lo que se tiene hasta que se pierde — se decía. Y sentía que por la primera vez se le presentaba el amor en su cruel forma de dulce martirio. Era una misteriosa y cruel sensación, pero un poco agradable. Nunca tuvo más deseo de encontrarse solo

como ahora en que andaba con el recuerdo de Rosita. Se hacía muchos proyectos de lo que haría cuando ella volviera. En el retrato que él tenía en la memoria ella aparecía más bella que en la realidad. Es el amor que sabe engañar, pensó Carlos, pero se sintió alegre de aquel engaño...

Cuando por fin, al cabo de una semana, se anunció el regreso de Rosita, Carlos gozó al pensar que se cristalizaba en una linda realidad aquel sentimiento dulce que lo atormentaba.

Cuando se llegó el propio día de regreso, Carlos caminó bastante lejos de Santa Clara a encontrarla a ella.

—¡Rosita! ¡Rosita! ¡Qué tal! Viera que falta la que nos ha hecho... La casa ha estado muy triste desde que Ud. se fué...

La mula en que ella venía, temerosa de tanta palabra efusiva, se retiraba cada vez que Carlos se acercaba. Por fin cuando él quiso apretarle fuertemente las manos, ya que no podía darle un abrazo, la mula se volvió a recular y el pobre Carlos se conformó con haberle tocado los dedos...

Pero Rosita sintió que la felicidad le penetraba en el corazón y en su alegría inmensa llegó hasta olvidarse del santo que en tan corto tiempo le había hecho el milagro.

Carlos, como de costumbre, continuó haciendo las visitas cotidianas. Pero hoy era mucho más efusivo en su cariño que antes. Se veía en él un deseo de

aparecer simpático. Tan efusivo se mostraba que a los pocos días se le ocurrió invitar a Doña Agueda y a Rosita para que fueran juntos a un baile. Aquella era una gana al aire por que Carlos nunca iba a los bailes. Rosita llena de felicidad aceptó la invitación. Irían en compañía de una amiga porque a Doña Agueda le hacían daño los desvelos. Rosita se vistió lo mejor que pudo. Tenía la sensación de que aquella noche él le propondría el matrimonio. Se arregló mirándose el espejo y quedó satisfecha porque se vió linda. Pero de pronto, al pasarse la mano por el cuello, recordó la falta que le hacía su collar.

—¡Ah! ¡Quisiera tener mi collar! Era el único adorno y me quedaba bien en los bailes!...

La madre que la oyó, puso a un lado el vestido de su hija que tenía en las manos, y le insinuó:

—¡Por Dios, Rosita! ¿Qué estás haciendo, mi hijita? ¡La Virgen te puede castigar!...

Rosita contestó:

—Es verdad, mamá, tienes razón. Lo dije sin pensar en lo que estaba diciendo.

En el baile Rosita bailó con todos los hombres. Carlos en tanto permanecía sentado en un rincón porque no sabía bailar. Pero ella se sentía arrobada con las frases galantes de los amigos, la alegría de darle expansión al espíritu, la satisfacción femenina de ser cortejada por todos los hombres. Era una mezcla de regocijo, locura y baile. Carlos, mientras tanto, amartelado, humillado y lleno de celos, un sentimiento también

nuevo en él, se acercaba a rogarle que se fueran porque ya era tarde. Ella ponía de pretexto que la compañera con quien habían venido, no quería irse. Carlos se volvía a sentar en el rincón en donde había estado toda la noche. Cuando por fin hicieron el regreso, Rosita se dió cuenta de los celos de Carlos, pero no se preocupó. Bastaba la felicidad que le inundaba su corazón para prorrogar por ahora la atención que merecieran los celos de Carlos. Por lo demás ella sabía que él nunca se enojaba y al día siguiente la perdonaría cuando él viniera como de costumbre. En el preciso momento de despedirse, apenas le rozó la mano, y con una seriedad que nunca había visto en él, lo vió irse sin entreabrir los labios siquiera. Hasta allí, ella principió a preocuparse. Entró. Encontró a su madre entre dormida y despierta. Empezó a contarle hasta los más minuciosos detalles del baile. Mientras tanto se iba desnudando y quitando los alfileres del vestido que iba colocando en una almohadilla que ella tenía sobre la pared, a un lado de la cama. Siguió un largo y súbito silencio en el cual sólo se oyó la respiración de la madre. Por fin se oyó un fuerte y brusco golpe en el piso y la madre que principiaba a conciliar el sueño, abrió los ojos:

—¡Rosita! ¡Rosita!

Su hija yacía sobre el piso y sin contestar, pero la madre fué a ver y descubrió que sobre la almohadita que tenía agarrada en las manos, Rosita había encontrado el collar que obsequiara a la Virgen. . .

EL ASESINO

Los Inspectores de Santa Clara eran de lo más inútil que teníamos en toda la República. Toda la gente había visto a Cupertino Ramos pasearse por todas partes con la conciencia tranquila.

Era una vergüenza que Cupertino anduviera libre. Un hombre como Cupertino debió haber estado en la Penitenciaría, hundido para siempre. Por lo demás la muerte de Raimundo no era la primera que debía. Antes de matar a Raimundo había hecho cinco muertes. Era realmente una cosa injusta y vergonzosa que Cupertino anduviera libre.

Pero lo peor de todo era que Cupertino no se contentaba con haber matado al marido, sino que seguía acechando la casa de la viuda. Aquel mismo día, precisamente en que por fin, inesperadamente, le dieron muerte, había andado acechando la casa de la viuda de Raimundo.

La casa estaba situada en la espesura del cerro, no demasiado lejos de la casa de don Tomás Pineda. Con la diferencia que la de éste quedaba en la orilla de

la carretera y la de Raimundo metida en el bosque. No muy lejos de la casa de Raimundo quedaba la pendiente del cerro; era un barranco, casi un abismo. Allá en el fondo, oculto por la espesura de pinos, de robles, de encinos, y de guachipilines, se oía el murmullo del río. Cerca de la pendiente quedaba el caminito, era uno de esos caminitos que no transitan más que una media docena de personas. Ese caminito conducía de la casa de Raimundo al pueblo. Pero antes de llegar al pueblo, se unía a la carretera, pasando un poco cerca de la casa de don Tomás Pineda. La casa de Raimundo era, pues, una casa extraviada de la carretera. Era una casita de campesino, las paredes de arcilla y la techumbre de paja. En la huerta estaba el orgullo de Raimundo y de Rosa: allí habían cebollas, perejil, coles, y zanahorias; abajo quedaba el caminò.

Rosa relataba de una manéra dramática, la manera cómo Cupertino apareció aquella tarde en los alrededores de la casa. Ella estaba remendando unos pantalones viejos que habían sido de Raimundo... Una hijita, de unos catorce años, observaba hacia la espesura de la huerta porque había visto unas matas de arrayán que se movían, sin que viento o persona alguna las moviera. Otra hija de Rosa, que parecía tener un año menos, tenía una criatura de pecho en los brazos. Y dos niños de cuatro y cinco años, sentados en el suelo, escarbaban en la tierra y se echaban puñados de tierra en la cara.

La muchacha que observaba hacia la huerta fué la que primero habló:

—¡Máma!

Esta contestó:

—¿Qué es?

—Ya vuelve, mire.

La mujer levantó los ojos y los ojos de ella se encontraron con los ojos maliciosos de Cupertino. El hombre estaba sentado al otro lado de la huerta. Cuando vió que lo habían descubierto, se levantó, caminó hacia un pino grande y se volvió a sentar. De allí volvió nuevamente a quedar mirando hacia la casa...

Entonces Rosa, la esposa del muerto, se puso con miedo primero, pero después tomó una resolución firme. No les dijo nada a los niños que la miraban llenos de asombro, como queriendo averiguar en la cara, qué era lo que la madre iba a hacer. Rosa entró a la carrera, descolgó el fusil de Raimundo que aún permanecía donde él lo había dejado. Lo examinó y como lo encontró descargado, se puso a cargarlo a la carrera. Los muchachitos la miraban, pero no se atrevían a decirle nada. No fué sino hasta que salió a toda carrera, cuando la más grande y la otra se le guindaron del brazo, con las lágrimas en los ojos y suplicándole a gritos:

—No vaya, máma, no vaya, la va a matar él... ¡Máma!

La mujer los tiró a todos a un lado y salió como una loca, directamente al lugar en que el hombre estaba escondido.

Al llegar al borde de la pendiente, le hizo el primer disparo, pues ya Cupertino se iba descolgando detrás de los árboles para evitar las balas del fusil. Rosa lo siguió hasta la bajada del río, haciéndole disparos cada vez que lo veía al descubierto. Pero por fin en la espesura del monte se le perdió y entonces, con el miedo que se le puede tener a una fiera, la mujer se puso a caminar de regreso. Ella pensó que Cupertino era capaz de todo, además había dejado sus hijos solos y abandonados. Cuando regresó los encontró muertos de miedo, temblando...

Poco tiempo hacía que había vuelto, cuando las matas de arrayán se volvieron a mover. La mujer entonces como una loba que defiende sus cachorros, los metió a todos en la casa y se paró en la puerta con el fusil cargado. Allí se estuvo, lista para disparar al nomás ver la figura de Cupertino.

Esta vez, sin embargo, es probable que las matas fueron movidas por el viento.

Raimundo, la víctima de Cupertino y marido de Rosa, había sido un buen hombre. El padre de Raimundo llegaba a nuestra casa con un niño de diez años. Este niño era Raimundo. Se ocupaba Raimundo de vender cebollas y lechugas por las calles del pueblo. Se llamaba Raimundo Reyes, pero en el pueblo lo conocían simplemente por Raimundo. Todo el mundo lo

conocía a él y a su esposa, Rosa, que siempre había sido una india trabajadora. A Raimundo le gustaba beber y por eso lo mataron. Esto pasó en un velorio. Cupertino, el asesino, estaba enamorado de Rosa. Ella no sólo no lo quería como amante, sino que le tenía miedo como asesino. Sin embargo, Cupertino, antes del crimen, llegaba a la casa descaradamente. Llegaba por el caminito y luego entraba preguntando por Raimundo. A veces le preguntaba a Rosa que si tenía cebollas, pero aquello no era más que un pretexto. Nunca compraba nada. Le había propuesto a Rosa llevarla a la feria de San Miguel, que se fueran juntos. Quien sabe, probablemente Rosa le contó algo al marido, lo cierto es que en ese velorio se encontraban los dos como invitados; súbitamente ambos tuvieron una discusión y sacaron el machete. Luego Raimundo invitó a Cupertino para que se fueran a matar al llano.

Los invitados trataron de prevenir el pleito, pero como todos habían bebido chicha, ninguno tuvo suficientes fuerzas para detenerlos. Raimundo — según aseguran — era muy hombre, pero estaba completamente embriagado. En cambio Cupertino no había bebido chicha, pues acababa de llegar en ese momento. Naturalmente Raimundo cayó acribillado a machetazos por el arma asesina de Cupertino, que con aquella cumplía seis muertes...

Cupertino tenía facciones de mestizo y de indio. Era de buena estatura y de color un poco claro para ser de indio, pero era escaso de carnes, tenía el pelo parado

como un erizo, tenía apenas dos dedos de frente. Su sola presencia infundía desconfianza. No sonreía nunca, caminaba con la cabeza mirando para abajo y contestaba de reojo como si tuviera miedo. Tenía los pómulos oblícuos del oriental. Cuando por casualidad levantaba la vista, miraba con malicia porque se daba cuenta de que lo observaban. Todos sus crímenes los cometía a traición porque era cobarde. Pero cuando sus adversarios caían, los mataba en el suelo con la sangre fría con que se mata a una culebra. La vida de un hombre era una cosa sin importancia para él. La cárcel se la imaginaba como un lugar de descanso, donde él podría vivir sin trabajo. Era bebedor, mujeriego y asesino...

Ese mismo día en que anduvo acechando la casa de Rosa, pasó Cupertino por la casa de don Tomás Pineda. Estaba éste, con su familia, sentados todos en el llano. Cupertino pasó por la carretera y le dijo adiós, luego se volvió hacia donde él estaba.

La esposa de don Tomás le dijo a éste:

—Ese hombre con la cicatriz en la cara, como que es el que mató a Raimundo, el marido de Rosa.

Entonces don Tomás contestó:

—Es cierto. ¡Es Cupertino Ramos!

Don Tomás, se levantó y se fué a conversar con él:

—Hombre, Cupertino, ¿no te da miedo de que te agarren? Pasó esta mañana un inspector preguntando

por vos. Y ayer por la tarde pasó otro. Dicen que tú mataste al pobre Raimundo de una manera muy fea. ¿Qué hay de cierto?

Cupertino le contestó con frialdad:

—Pues si así andan diciendo, debe ser cierto. Pero a mí no me importa, yo estoy contento de haberlo matado. Raimundo me injurió mucho en el velorio, por causa de la mujer...

Entonces don Tomás le dijo:

—Pero hombre, ¡si dicen que Rosa no te quiere!...

Cupertino no contestó, parecía que no tenía nada que contestar. Después los dos hombres se quedaron en silencio, esperando que el otro hablara. Cuando Cupertino comprendió que don Tomás no hablaba más, entonces trató de seguir el camino. Tosió, se echó el sombrero sobre la frente, quizá para que no lo reconocieran, se despidió de don Tomás y se fué. La dirección que tomó fué hacia la casa de Rosa.

Don Tomás creyó que aquella era una oportunidad preciosa para capturar a Cupertino y poder entregarlo a la justicia. No era muy a menudo que se veía a Cupertino así como él lo acababa de ver.

Además Rosa corría un gran peligro si aquel hombre llegaba a la casa, pues la pobre mujer desde la muerte de Raimundo vivía sola. Con esta preocupación quedó don Tomás Pineda, pensando por mucho rato.

Sin embargo le pareció que era una aventura bastante temeraria para que él solo la tomara entre manos. Dispuso conseguir un compañero para que entre los

dos pudieran quitarle el arma, amarrarlo de los brazos y finalmente — lo más fácil de todo — llevarlo ellos mismos a Santa Clara. Dispuso don Tomás esperar en la carretera a que pasara por allí alguna persona conocida que le pudiera prestar ayuda para agarrar a Cupertino.

Como ironía del destino, no acertó a pasar nadie, allí donde hay un cordón de gente todo el día. Y cuando por fin vió un hombre que venía corriendo, con un arma en la mano y que creyó que le podía ayudar, se encontró que aquel era el primo de Cupertino, Tiburcio Ramos. Tiburcio a más de ser también asesino, era ladrón de vacas. Los dos habían cometido muchos crímenes juntos, pero últimamente por un **disgusto,** se habían separado. Don Tomás no se dió cuenta que éste era el primo de Cupertino hasta después que le había hecho la propuesta. Sin embargo, Tiburcio le respondió con bondad diciéndole que sentía no prestarle ayuda, pero que andaba sumamente ocupado. Don Tomás no perdió las esperanzas de encontrar un hombre que le ayudara a capturar a Cupertino. Creía él, sobre todo, poder cumplir así con un deber moral para bien suyo, bien de Rosa y de todo Santa Clara. Además aquella era una oportunidad que no había que perderla.

Súbitamente don Tomás oyó cinco disparos de fusil que venían de por allí, cerca de la casa de Rosa. Estos fueron probablemente los tiros que Rosa le hizo a Cupertino cuando éste apareció cerca de la casa.

Sin embargo es costumbre en las cercanías de ese lugar oír disparos de fusil, tan a menudo que nadie les pone atención. Esto se debe generalmente a la costumbre de matar venados, generalmente en el cerro, en la parte que se extiende a la izquierda, por ese lado de la casa de Rosa. Don Tomás a pesar de las dudas que en un principio abrigó, pensó después que eran tiradores de venados y se metió en la casa. Sin embargo, al cabo de una hora, la preocupación de los tiros tan cercanos, volvió a molestarlo. Pensando estaba en todo ésto cuando oyó otra vez un nuevo tiro, éste venía por la misma dirección y probablemente del mismo lugar. Entonces don Tomás, que ya no pudo contener su impaciencia, corrió, se metió en la casa y luego volvió a salir con su fusil cargado y con el sombrero en la otra mano. Siguió las huellas de la casa de Rosa, pues quiso antes de todo hablar con Rosa y contarle que Cupertino andaba por allí. Esto en caso de que don Tomás encontrara a Rosa, pues era probable que aquel último tiro hubiera sido del arma de Cupertino para ésta o de ésta para Cupertino. Pensando iba él en todo esto cuando, súbitamente, y mucho antes de llegar a la casa de Rosa, se encontró, casi le puso los pies... el cadáver de Cupertino. Tenía un solo balazo en el pecho, probablemente le habían atravesado el corazón. Buscó por todas partes y no vió ninguna persona. Vió hacia la casa de Rosa y la encontró en la más profunda tranquilidad, tanto que los muchachitos, hijos de ella yacían jugando muy tranquilos

al frente de la casa. En esta duda e incertidumbre se encontraba don Tomás con el cadáver del asesino allí, echando sangre por la boca, cuando súbitamente alcanzó a ver una escolta y un inspector que venía por la carretera. Don Tomás tuvo miedo de que se le fuera a adjudicar el crimen. Comprendió que ya no podría huir porque quizás lo habían visto y en ese caso al encontrar el cadáver lo seguirían. Estaba él muy preocupado cuando vió, abajo por el llano un hombre que caminaba hacia el bosque, se le ocurrió que aquel era el autor del crimen y quiso hacerle un disparo para que se parara porque parecía que iba huyendo, pero inmediatamente se le ocurrió que aquello le traería peores consecuencias porque el arma sería registrada, la detonación del tiro se oiría y finalmente la presencia del cadáver allí, todo probaría que él lo había matado. Sin embargo, el pobre hombre se encontraba en un estado de nerviosidad excesiva y su desesperación era tal que agarró el arma e hizo un disparo.

Mientras él se encontraba en semejante situación, la escolta se acercó. Entonces él, nerviosamente, salió a encontrarlos.

Iba él a referirles todo lo que había pasado, cuando el jefe de la escolta le quitó la palabra con esta pregunta:

—¿En dónde ha escondido el cadáver de Cupertino, viejo?

—Sí, sí, por allí está. (Les señaló el lugar en donde se encontraba el cadáver).

Lo que había pasado era que ya Tiburcio, el primo de Cupertino, había ido a denunciar a don Tomás como el autor del asesinato de Cupertino. Don Tomás lleno de susto explicó y explicó, pero nada pudo salvarlo. Lo agarraron y se lo llevaron con el cadáver, pues tenían orden de ponerlo preso. Al contrario de Cupertino que nunca estuvo en la cárcel, don Tomás fué enviado a la Penitenciaría y condenado a seis años de cárcel...

Tiburcio — el verdadero autor del asesinato — siguió desempeñando la ocupación de Cupertino...

EL GATO

Vivían los dos en un rancho de paja. Las vigas y la paja del techo estaban ennegrecidas por el humo y el hollín del fogón en que se calentaba la jarrilla del café. Adentro del cuarto quedaba todavía prendido de raíz, el tronco de un árbol, lo usaban para colocar allí objetos de cocina. Durante el día, ella iba a traer agua y él, con aburrimiento, pasaba bostezando en la puerta y mirando hacia el llano...

Ella reunió seis huevos de las gallinas y le propuso que, como el siguiente día era domingo, él fuera a venderlos a Santa Clara. El aceptó.

—Los huevos se estan dando a tres... Si no los pagan mejor los traes. Tres huevos por medio en seis huevos es un real. Cuidado, nada menos... Cuidado con mal vender los huevos...

La mujer fué al cerro, trajo bastante paste, sacó una tombilla sucia, la limpió, envolvió cada uno de los huevos en un poco de paste, los colocó todos en la tombilla, cerró la tombilla, la amarró con un bejuco que tra-

jo también del cerro y se la entregó al "hombre", que la observaba, como siempre, sin prestarle la menor ayuda, lleno de indolencia y pereza.

—Cuidado con malvender los huevos, los huevos están a tres por medio... ¡Cuidado!

El "hombre" agarró los huevos y echose a caminar.

La mujer, como si una idea se le viniera súbitamente, salió corriendo a la puerta del rancho y le gritó:

—Cuidado con beberte el real... ¡Cuidado! Ese real lo queremos para comprar café donde Nor Isidro... ¡Cuidado con beberte el real!

El "hombre" siguió el camino sin contestarle.

Al poco momento se oyó el trote de un caballo que se acercaba. Ella supuso inmediatamente que aquel era el caballo del mayordomo que acertaba a llegar siempre que "su hombre" se iba al pueblo. Sacó la cabeza por uno de los agujeros de la pared del rancho y vió que Remigio llegaba. La mujer se quedó como paralizada, sin saber qué hacer, luego metió la cabeza en una olla de agua y empezó a restregarse la cara, como para limpiarse la costra y el tizne del humo. Se limpió bien la cara y salió a recibir al visitante.

—¡Polaaaaaa! ¡Está allí tu maridooooooo!

Remigio le gritaba a Apolinaria desde la puerta del cerco sin atreverse a llegar cerca del rancho. Era costumbre de Remigio preguntarle por "su marido" a sabiendas de que no eran casados. Además Remigio sabía que "el hombre" no estaba, pues nunca acertó a llegar estando él allí. Apolinaria sabía ésto y por eso

corría a lavarse la cara cuando oía el trote del caballo, tan pronto como "su hombre" salía. Remigio se percataba de las salidas del "hombre" porque desde la cumbre del cerro, en donde estaba haciendo una hachazón en compañía de dos peones para sembrar un matambre, columbraba el rancho de Apolinaria, esperando que "el hombre" saliera para bajar al trote del caballo.

Apolinaria, es decir Pola, era de allí. Al otro lado del portillo estaban los ranchos de los Domínguez, tios, hermanos, hermanas, cuñados, sobrinos y abuelos de Pola Domínguez. Aquí en este mismo rancho, donde vivía ahora, había vivido con su marido Teófilo González. Aquel sí, era marido legal. Todos los Domínguez y los demás vecinos recordaban las dos semanas de bebedera en el matrimonio de Apolinaria. Pero desafortunadamente Teófilo se murió, le dió el "mal de empacho" tres meses después de casados. Pola tenía entonces 16 años y era muy apetecida. De Teófilo no le quedó más que el rancho y la escopeta para matar venados. Sentía no haber tenido un hijo con Teófilo, un varón. En esta aflicción se acordó de Remigio que antes del matrimonio con Teófilo y después del matrimonio, siempre andaba rondando su rancho. Pero ella dudaba de él por el puesto que ocupaba. Remigio era el Mayordomo de la Hacienda, era el patrón mientras el dueño estaba en Santa Clara. Ella, en cambio y todos los Domínguez, eran nada, peones. Había querido

a Teófilo porque aquel era de su clase. Remigio la podía abandonar...

Pero un día apareció con "su hombre". Desde aquel día no volvió a visitar a los Domínguez. Le podían preguntar que en donde lo había encontrado y ella no iba a saber qué contestar. Pero a sus oídos llegó lo que decían las lenguas, que "se había enmancuernado con un forastero"...

El "forastero" había llegado en una noche de invierno a pedir posada. Decía que se había extraviado del camino real y que andaba desorientado. Quería que Pola le diera en donde dormir para buscar el camino en la mañana. Pola le dió en donde dormir, allí cerca del fogón para que se calentara el cuerpo porque estaba todo mojado. El "hombre" no se fué al día siguiente. Lo cierto es que él dispuso quedarse, pero no fué él quien dispuso, sino las circunstancias. Quien sabe que arreglo tuvieron en la noche con Pola, lo cierto es que no se fué. Una semana después allí estaba en el rancho de Pola. Por fín se encariñó con el lugar. Salió a matar venados con la escopeta del finado Teófilo, pero no mató nada. La mayor parte del día se estaba sentado en la puerta mirando para el llano...

—Pola — le dijo Remigio — quiero que te vayas a la Hacienda a vivir conmigo. Con ese forastero no sales de apuro...

—¿A la Hacienda?... ¡Hum, y después me das viaje!

—Te juro que no, Pola. Te lo juro por estas crucitas...

—Yo quisiera, pero...

—Te voy a tratar decente. Además vos no quieres a ese "forastero"...

—¿Quererlo? ¡Yo no lo quiero, Dios sabe! Es veru haragán. Cuando por chiripazo mata un "venao" con la escopeta del "finao" Teófilo, lo que hace es irse a vender el cuero a Santa Clara y beberse el pisto. Después viene "pasao" de guaro, con una juma que no puede ni andar... ¿Trabajo? dice que nunca ha "trabajao" en su vida. Y por eso yo le digo que se vaya, pero no quiere irse...

—Te voy a hacer una propuesta y si no aceptas sos una tonta. Yo voy para Santa Clara a ver el patrón. Aquí ando llevando una botella de guaro de la sacadera de Nor Isidro. Cuando venga el forastero se la das para que caiga. Cuando yo pase de regreso en la noche, él va a estar bien borracho y entonces te llevo por delante en el caballo para la Hacienda. Después, cuando él se vea solo en el rancho, se va a ir pa su tierra...

—Y ¿si me va a buscar a la Hacienda?

—Si llega allá, lo guindo en un palo de ocote y lo dejo colgado para que se lo coman los cutes...

—Bueno, lo voy a hacer, dejáme la botella...

Remigio le dió la botella. Después le dió dos apasionados besos en las mejillas, se montó en el caballo y se fué corriendo diciéndole adiós con la mano...

El gato había aparecido allí sin saber de donde había venido, lo mismo que el "hombre", los dos se habían aquerenciado en el rancho de Pola y ni ella sabía de donde habían venido. Era un gato negro, grandísimo, pero flaco que hasta las formas de los huesos se le miraban. Había días y hasta semanas que desaparecía. Pola no lo quería, le tiraba piedras, pero él volvía a aparecer. Era un gato probablemente de los González que llegaba allí porque los dueños no le daban de comer. Era tan confianzudo que cuando Pola se iba al ojo de agua a llenar el cántaro, el gato se echaba sobre el mullido cuero de vaca en donde dormía ella con el forastero. Había veces que estando ellos allí, el gato se ponía a roncar en una esquina del cuero.

—Gato condenao, hijo de puerca... ¡Andate pa tu casa!

Pola le tiraba un pedazo de ladrillo con tanta fuerza que si hubiera pegado en el blanco, la cabeza y las patas del animal se habrían separado como por electricidad.

Regresaba ella del ojo de agua cuando se dió cuenta de que ya el "hombre" había vuelto del pueblo. Ella lo notó por la tos, era una tos gangosa y constante.

—¿Qué tal, cómo te jué? (Ni la misma Pola sabía como se llamaba porque si le preguntaba que de donde era y que como se llamaba, él se quedaba callado. Pola no le quería seguir preguntando).

—¿Vendiste los huevos?

El "hombre" no contestó.

Pola creyó que se había bebido el real de los huevos. Pero no se disgustó porque ya lo iba a dejar, aquel era el último real que se bebía...

—¿Quieres un "bocao" de tortilla con sal?...

El "hombre" la miró como *diciéndole* "sí" con los ojos.

—Sabes — le volvió a decir ella — Nor Isidro estuvo aquí y me trajo de regalo una botella de guaro...

—Dámela. Aquí está tu real. (Y le puso el real en la mano). Tenía ganas de echarme un trago de a real... Hace tiempo que no bebo, dame un trago, no me aguanto de las ganas...

Pola le dió la botella tal como la había recibido de las manos de Remigio. El se empinó la botella.

—Maté la culebra. ¿Te acuerdas de la culebra que me dijiste que habías visto detrás del rancho? ¿La culebra que se quería comer los pollos?...

—¡Si, me acuerdo! ¡Si me acuerdo! — dijo él empinándose por la quinta vez la botella de aguardiente.

—Pero no la maté del todo. Sólo le alcancé la cola y otro golpe en la cabeza. Se va a morir. La hubiera "matao", pero se metió en el moral...

El hombre con los ojos saltados y la mirada indecisa no ponía atención al incidente de la culebra.

Mientras tanto Pola se armó de un palo y dos piedras grandes y se fué al moral. Quería ver la culebra para acabarla de matar. Buscó alrededor del moral y estuvo tirando piedras a lo más espeso para ver si oía ruído. Por fin se cansó y se volvió al rancho.

El "hombre" mientras tanto se había tirado sobre el cuero. Ya casi no tenía fuerzas y empezaba a quedarse dormido. Se había bebido casi la mitad de la botella.

La noche cayó sobre la sabána. Era un lugar triste, desolado, lúgubre. Había días que no se miraba ni un alma pasar por allí.

El cerro se fué ennegreciendo, sólo se podía distinguir los árboles que se recortaban en el azul del cielo. A la derecha del rancho se miraban vacas y un patacho de yeguas comiendo zacate en el llano.

Pola pensó en que pronto pasaría Remigio de regreso. El corazón empezó a golpearle con fuerza.

Fué a ver al "hombre" y lo encontró dormido, con la boca abierta y la botella metida debajo del cuero. Se acostó con él, apagó la luz del fogón y esperó allí tranquilamente para escuchar el galope del caballo de Remigio. El "hombre" despedía un fuerte olor a aguardiente.

En la quietud de la noche sólo se distinguía el maullido del gato. Pero de pronto el gato dejó de maullar, había encontrado algo, lo llevaba de un lugar a otro con los dientes. Encontró la puerta del rancho abierta y entró con aquello que llevaba en la boca. Se le escapaba de los dientes y lo atrapaba de nuevo con sus pequeñas garras de felino. Anduvo de un lugar a otro adentro del rancho y por fin llevó aquello que tenía en los dientes, al propio lugar en donde el hombre y la mujer dormían profundamente. Pola estaba tan dormida que no sintió cuando el gato pasó sobre su brazo rozándola con aquello que llevaba en la boca.

El gato se quedó allí rozándola siempre con la cola.

Afuera parecía que el cielo se despejaba. En la sabána no se veía más que dos o tres vacas echadas y el patacho de yeguas cerca de la puerta del cerco.

Pola despertó sobresaltada pensando en Remigio. Apoyó la mano y el brazo derecho para poder hacer fuerza y levantar el cuerpo, pero dos agujas muy filudas le apretaron el puño de la mano. Un grito de susto se levantó de sus labios. Hizo uso de la mano izquierda para tocar aquello que la punzaba en la mano derecha y tocó una cosa helada y pegajosa, algo que estaba muerto, pues no se movía. Retiró la mano izquierda sollozando de terror. Dos gritos horribles y dolorosos salieron de su boca con una queja lastimera. El dolor que cada momento se le volvía más agudo, insoportable, se le iba subiendo por todo el brazo y por el hombro derecho:

—¡Me muero! ¡Me muero! ¡Por Dios me muero!... Y con la mano izquierda golpeaba duramente el cuerpo de su compañero para que despertara, pero éste parecía un cadáver, inmóvil e insensible, como si hubiera estado completamente muerto...

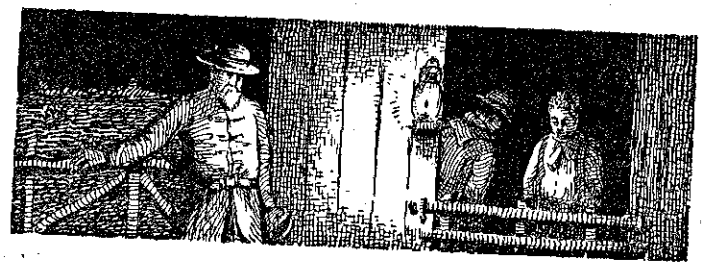
—¡Me muero! ¡Ay, me muero! Despertáte, mirá que me ha punzado la mano ¡Ay, ay!...

A lo largo de la carretera, cerca de la "quebrada honda", el caballo de Remigio se acercaba con un trote monótono, pero ligero. La luna había aparecido por fin,

las nubes negras como atraídas unas por otras se habían ido separando hacia el sur, dejando el cielo límpido y despejado...

Remigio llegó por fín al cerco, se bajó y amarró su caballo en la tranca del cerco. Luego, temeroso de tener un encuentro con el forastero, sacó su revólver, lo cargó con los cinco tiros, y se fué acercando, tomando todas las precauciones posibles, hasta que llegó a la puerta del rancho. Desde allí observó que el hombre estaba inmóvil. Luego dió un salto atrás. Entre el "hombre" y Pola estaba el gato. El brazo derecho de Pola no parecía un brazo humano, estaba negro, negro como inyectado de tinta. Remigio comprendió al momento que Pola estaba muerta, examinó el brazo de lejos y supuso que estaba envenenado, se acercó más y vió allí con espanto la cabeza de una culebra...

Saltó Remigio sobre el caballo que lo esperaba impaciente y se perdió en el camino que conducía a la Hacienda, a toda carrera..



LA AVARICIA DEL GENERAL

Don Casimiro Trejo vino a la ciudad de Santa Clara como comandante de armas y Gobernador Político. Aprovechó las oportunidades de su empleo y cuando su substituto por fin llegó, ya don Casimiro era dueño de haciendas y de dinero en plata. El mayor distintivo moral de don Casimiro era la avaricia. Si algún otro defecto moral tuvo fué la consecuencia lógica de aquella fama de avaro de que se había rodeado entre los vecinos del pueblo. Efectivamente, como consecuencia natural tenía otros defectos: era miserable, imprudente, cruel, corazón de piedra, egoísta, turbio en sus negocios, indiferente e intransigente, etc.

Físicamente el General — como él se hizo llamar por haber estado alguna vez en un combate — presentaba un aspecto de hombre viejo, gordo y feo. Como viejo era difícil precisar su edad porque era indio. Como gordo, guardaba monopolio de las aceras cuando sa-

lía a pasear con su bastón en las manos. Y como feo, entre otras cosas, metía y sacaba la cabeza. Sacaba la cabeza de por allá muy adentro cuando se excitaba en una discusión. Pero comúnmente tenía la cabeza metida como las tortugas...

Tenía pocos amigos, pero muchas enemistades que él se proporcionaba porque era un hombre intransigente. Bastaba que alguien le dijera "don Casimiro" en vez de "General" para que las relaciones se enfriaran. Su único amor era una mula negra de orejas pequeñitas y de cascos también pequeños que él llamaba "Sofía". La acariciaba con cariño, le daba sal y azufre en las manos, era un orgullo visitar su hacienda o pasear en las calles de Santa Clara montado en su mula. Los cuatro cascos herrados de la mula pasaban ruidosamente por las calles y toda la gente salía a las puertas y ventanas para verlo pasar. La mula era efectivamente de buena clase. Decían que era muy "briosa" y por eso cuando alguna señora le pedía la mula para montar, él contestaba:

—Oh no, nunca. No es una bestia para mujeres.

Pero si un amigo se la pedía prestada decía que era una mula de muchas mañas dando a entender que tampoco era una mula para hombres...

La avaricia del General puede verse con facilidad en estos ejemplos:

Decía, si le preguntaban que por qué no se casaba:

—¡Hombre, no es buen negocio! La mujer y los chicos quitan el tiempo y además siempre he sido pobre...

Pero una de las causas era porque en la orilla del pueblo tenía una mujercita con quien vivía clandestinamente. El creía que aquello era un secreto, pero todo el mundo lo sabía. Tampoco ignoraban las gentes del pueblo que una pobre muchacha, muy humilde, que se llamaba Carmen y que todos conocían, era hija de él, a pesar de que él jamás le había hecho el más pequeño obsequio.

El otro motivo porque no se casaba, era naturalmente su avaricia. Durante los años en que él tuvo su alto puesto, comprobó su economía de mil maneras. Las mejoras de su hacienda las hizo con los reos para no pagar dinero de su bolsillo. Mientras esto sucedía, las obras públicas de la ciudad permanecían en absoluto abandono. Las casas del Gobierno no se aseaban porque el señor Gobernador Político pasaba muy ocupado atendiendo sus propiedades personales. El Baño Público, el Parque Central, las calles de la ciudad, todo lo que estaba a cargo del Gobernador Político carecía de higiene y de limpieza. Cuando alguien preguntaba:

—¿Se puede ver al señor Gobernador?

—No está — contestaban — anda visitando su hacienda...

A pesar de su doble sueldo como Gobernador Político y como Comandante de Armas, no estaba contento. Creía que un empleado público es un hombre que está obligado moralmente a sacar el mejor partido de las oportunidades económicas y sociales que se le pre-

sentan, puesto que estas sólo llegan una vez en la vida y hay muchos detrás que desean aprovecharlas.

Con esta lógica gobernó don Casimiro. Por eso, como Comandante de Armas hizo incluír una infinidad de plazas de soldados, puramente nominales. El sueldo de estos soldados iba a caer a su bolsillo. En la mayoría de los casos el nombre de estos soldados se inventaba para incluirlo en los presupuestos, pero había veces que el soldado realmente existía, pero no devengaba sueldo. Se le pedía su nombre y su domicilio y sólo se le llamaba en caso de necesidad, pero su nombre seguía apareciendo en las "planillas" como si estuviera haciendo "plaza". Naturalmente su sueldo se pagaba y don Casimiro lo recibía.

—Es la tradición — decía él — con eso se paga el Comandante, si nó, se muere de hambre. Mis antecesores hicieron lo mismo. Pregunten...

Era cierto. Es más: era cosa corriente pedir una plaza de soldado... nominal.

—"Es que el sueldo es poco, señor" — Esta era la frase que usaban los demás empleados cuando le pedían una "plaza supuesta" al Comandante.

También abusaba el General de los vecinos del pueblo. En los aprietos económicos que ellos tenían, recurrían a él para que él les prestara dinero. El era quizás el único que prestaba dinero, pero prestaba siempre que el solicitante fuera dueño de bienes. Todos recurrían a donde él, pero en la mayoría de los casos, los bienes de estos pasaban a manos de él. El les embargaba ca-

si siempre sus propiedades. Como dijimos, tenía un corazón de piedra, según el decir, y nunca se esperaba ni un minuto más cuando el plazo se vencía. Esa era una de las maneras como el General Trejo había adquirido tanta propiedad en tan pocos años. La otra manera era esta: compraba propiedades casi por la tercera parte de lo que realmente costaban. La urgencia del dinero hacía a los pobres vecinos vender sus casas o sus animales por una cantidad ridícula. El General tenía un alma de judío y nunca le faltó talento ni oportunidad para hacer un buen negocio. Hacía algo más: compraba recibos por la tercera parte y después se los hacía pagar con amigos de influencia que tenía en la capital.

Como dijimos en un principio, "Sofía" ocupaba en su corazón un lugar preferente. Se levantaba casi siempre tarde de la noche y visitaba la caballeriza para darse cuenta si "Sofía" tenía suficiente zacate que comer. Esto lo hacía él, a pesar de tener dos soldados — (los soldados eran sus sirvientes) — destinados a que le cuidaran la mula. Cuando, por casualidad encontró la mula sin comida, "mirando a las estrellas", como él decía, entonces iba a despertar a los soldados y los regañaba hasta que le dolía la garganta. Durante el día bañaba a la mula, muy cuidadosamente, con un cepillo y con jabón. El mismo presenciaba el baño. Aconsejaba con bastante conocimiento como debía restregarse la piel de "Sofía".

—Así, así, decía — así, con más fuerza para sacarle el "piojillo". Y repetía:

—Así, así — y le restregaba él mismo el lomo a la mula.

Luego ordenaba que le dieran maicillo o maíz para que comiera. Sobre eso ordenaba que le echaran azufre o sal y con todo aquello almorzaba la mula todos los días.

Se vestía muy mal don Casimiro. Tenía una levita negra con que asistía a los actos públicos, ya estaba desteñida. Luego, quizás para alivio de males, era muy descuidado en su vestir. Había veces en que salía a la calle sin el botón del cuello de atrás, y mientras hablaba, subiendo y bajando la cabeza, también el cuello subía y bajaba... Era tal la mala fama de que gozaba con su indumentaria, que cuando alguien se vestía mal en el pueblo, o cuando andaba desarreglado, le decían:

—Pero hombre, si tú eres el mismo retrato de don Casimiro Trejo...

Se decía maliciosamente que el General Trejo nunca daba contribución para obsequiar a un amigo o para el beneficio de alguna institución. Cuando algún grupo de señoritas lo detenía en la calle y le pedía una contribución para darle un almuerzo a los reos o para los pobres, él suplicaba que mandaran por su contribución a su casa particular. En ese momento, al llegar a su casa, se montaba en su mula y se iba a su hacienda a pasarse una temporada.

A los colonos de la Hacienda los trataba también muy duramente. Cuando éstos no podían pagarle "corretaje" de la milpa que habían sembrado en terrenos suyos, entonces les ofrecía meterlos a la cárcel.

El colmo de la avaricia y miseria de don Casimiro se puso a prueba en cierto incidente que sin embargo resultó la más amarga lección que él había recibido en su vida. Después de este incidente guardó luto y sufrió moralmente por mucho tiempo.

Había en su hacienda un indio, uno de sus más humildes colonos, a quien el General le había prestado cinco pesos. Se llamaba Pedro Gutiérrez y debido a su mucha pobreza no podía pagar los cinco pesos. El plazo en que debía pagar se había vencido y el General le exigía que pagara. El indio repetidas veces le había contestado que deseaba descontarle los cinco pesos en trabajos de la "tapizca" porque estaba sin dinero en esos días. El General insistía en que el que presta dinero en plata tiene derecho a exigir la misma moneda.

Por ese tiempo la salud de "Sofía" se había alterado, se había puesto muy flaca y el General que ignoraba la causa, se preocupaba mucho. Un experto le aconsejó que la mula tenía "haba" y que estaba flaca porque le dolían las encillas al masticar zacate.

El General mandó la mula a la Hacienda para que Gerardo que entendía de extraer "habas" se la curara. Quien sabe que otra complicación tuvo la mula

mientras sufría el tratamiento de Gerardo, lo cierto es que le vinieron a decir que la mula estaba muy mal.

Semejante noticia era para matar a don Casimiro. Inmediatamente se fué a ver personalmente a la mula.

En el camino, al frente de la Guarita, una propiedad de un tal Alberto Ochoa, el General se encontró con Pedro Gutiérrez. Hacía tiempo que no lo miraba.

—Bueno día le dio, mi General.

—Buenos días, Pedro. (Al sacarse la mano del bolsillo, el indio dejó caer un billete y don Casimiro lo vió...).

—¿Cuándo me piensas pagar, indio tramposo?

—Tan prontito como venda el maicito, mi General.

—¿No tienes dinero?

—Ahorita no hey jayao, mi General.

—¿Y ese dinero que se te acaba de caer de la bolsa? (El indio volvió a ver el billete de un peso que había dejado caer).

—Este pesito es de Nor Gerardo que manda a mercar un poco de "unto sin sal" onde el Compagre Isidoro.

—Echá ese peso indio tramposo y hay ve cómo te las arreglás con Gerardo. Ya no puedo esperarme más, bastante he tenido que estarte esperando. Tomo ésto a buena cuenta y no te olvidés de los otros cuatro.

El indio lleno de susto quiso darle una explicación del objeto y absoluta necesidad del peso... pero el General lo hizo que se callara, le arrebató el peso y siguió su camino. El indio se quedó temblando de susto.

Cuando el General llegó a su hacienda, Gerardo salió a encontrarlo a la puerta del cerco:

—¿Cómo va la mula?

—Mal, muy mal, mi General, pero hay esperanzas de curarla si el "unto sin sal", viene a tiempo.

—¿No tienes "unto"?

—No, mi General; pero mandé a comprar a Pedro Gutiérrez donde el Compadre Isidoro y no tarda en volver. Pedro es un indio muy activo.

El General se rascó la cabeza. Luego dijo:

—Y ¿es de absoluta necesidad?

—Es lo único que la puede curar. Hay que sobarla con "unto".

—Mandá otro sirviente, hombre.

—Ya no hay tiempo. Si Pedro no regresa dentro de una hora, la mula se nos muere. De aquí a donde el compadre hay que volar pata, pero Pedro va a volver pronto.

El General insistió e insistió que mandaran a otro sirviente sin explicar el motivo. Gerardo finalmente consintió en mandar otro sirviente. El sirviente fué y por fin volvió, pero ya cuando la mula había muerto...

El pesar del General, después, por la muerte de la mula era indescriptible.

Pero todavía era mayor su remordimiento. Para poder desahogar su pena, se puso a suspirar lastimosamente como un niño, sufriendo de pesadumbre y maldiciendo el instante en que Pedro había dejado caer el billete del bolsillo...

LA CINTA DEL SOMBRERO

No sé por qué volví a soñar anoche — 9 de abril — con Martha. Yo creía que ella — como la Cinta del Sombrero — se habría ausentado para siempre de mi memoria. Esta es una historia de remordimientos: Sólo porque ya estaba cansado de insistir en el amor de ella, sólo por eso, hice aquella ingratitud que ante mí mismo me da vergüenza todavía. Y quizás por eso he vuelto a soñar con ella...

Desde niño la acechaba yo, pero una tía suya por una parte y mi timidez por otra, impidieron que nos comunicáramos nuestro amor. Cuando al pasar de los años nos encontrábamos en los bailes de gente joven, ella con una sonrisa eludía mi propuesta diciéndome siempre que yo le decía lo mismo a todas las muchachas...

Sin embargo no debía haberme desilusionado. Cuando pasaba por su casa, por ejemplo, ella contestaba mis "buenas tardes" con una suave sonrisa que

a mí me gustaba interpretar como amor verdadero. Otras veces ella, desde la ventana de la casa de una tía suya, y yo desde la esquina de mi casa, los dos nos hacíamos de ojos... Era, por supuesto, sólo un amor platónico, a pesar de que otros incidentes se sucedieron, pero a estos incidentes tampoco les dí su significado verdadero. Es probablemente cierto que los hombres en cuestiones de amor no tenemos ni la intuición, ni la agudeza o penetración de las mujeres. Entre estos incidentes de que hablo recuerdo éstos:

Una vez, estando de visita en casa de unas parientes mías, me encontré con ella. Me impresionó así vestida de blanco. Estuvimos conversando en el balcón que daba para la calle. No me daba cuenta de la gente que pasaba; algunos, — amigos de ella, — la saludaban. Estaba yo profundamente nervioso porque era aquella una de las pocas veces de mi vida que podíamos hablar a solas. Deseaba impresionarla como un joven atrevido, pero mi timidez me lo impedía. Deseaba impresionarla como un joven romántico y seductor, pero también mi timidez me lo impedía. Ella comía dulce de membrillo.

Entonces yo le dije:

—¡Qué sabroso estará el dulce!

—¿Quiere probarlo?

—Sí.

Y con un placer inaudito y a la vez con sorpresa vi que ella, con la cuchara con que comía ella misma,

y con un gesto muy gracioso — un gesto que yo recuerdo cuando me acuerdo de ella — me introdujo la cuchara en la boca.

Yo abrí la boca con cuanto placer... Recuerdo que hasta me sonreí para no emocionarme. Pero en el fondo me moría de gratitud para ella...

Otro incidente es éste:

En los bailes yo quería bailar solo con ella, a pesar de que mi mala manera de bailar y mi timidez eran dos cosas que me lo impedían.

Una vez ella había llevado un ramo de "No me olvides", cuyo perfume me embriagaba, lo mismo que su rostro cuando bailábamos juntos. Estaba muy resentido con ella porque sólo había bailado tres veces conmigo.

Ya para acabar el baile, al pasar cerca de mi asiento, dejó caer el hermoso ramo de "No me olvides".

Lo junté y se lo llevé:

—Sólo quiero la mitad del ramo — me dijo.

—¿Y el resto?...

—Guárdelo, si quiere...

Lo metí en el baúl y me perfumó la ropa y los libros. Es bien sabido que el perfume de los "No me olvides" dura mucho tiempo y es más intenso cuanto más se marchitan. Después, todavía ahora, el perfume de esa flor me hace acordarme de ella. Pero no es con alegría, es con sentimiento y mejor dijera, es con dolor como me acuerdo. De cuando en cuando, al sentir el perfume de los "No me olvides" marchi-

tos, tengo que pararme para sentir y recordar muy duramente el perfume de aquellos "No me olvides".

Hay otro incidente:

Ella me regaló un libro de poesías de Manuel Gutiérrez Nájera, sin dedicatoria. Pero al correr del tiempo me fijé que la dedicatoria había sido borrada, probablemente Martha tuvo miedo de que el libro cayera en manos de su familia. En la dedicatoria borrada, apenas, se veía mi nombre.

Le pregunté una vez:

—¿Por qué borró aquello que había escrito?

Ella pareció ruborizarse un poco.

Después me dijo sonriéndose:

—Había escrito que como prueba de amistad le obsequiaba ese libro, pero después me arrepentí y borré...

—Pero ¿por qué se arrepintió?

—¡Ah, eso era secundario! Mayor mérito daba yo a la clase de libro que le regalaba.

—¿Por qué?

—¡Por qué! No hay nada más bello en el mundo que las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera...

—Y ¿Ud. me las obsequiaba?

—Exactamente...

Esta palabra "exactamente" me emocionó por la manera como la pronunció, y ya no pude seguir la conversación.

Pero he llegado a lo más horrible de esta historia. Debo relatar ahora el cuarto y último incidente cuyo

relato es precisamente el objeto de todo lo que aquí escribo.

Ella, como dije, nunca me afirmó que me quería. Y esto a pesar de la insistencia con que se lo preguntaba. Yo vivía sufriendo entre la duda y el amor inmenso que me había inspirado.

Llegó el momento de viaje para el Hospital Rosales de San Salvador y entonces me volvió a decir lo que siempre me decía:

—Que yo le decía lo mismo a todas... ¡Pobrecita! Ya iba muy enferma del corazón y ni ella lo sabía. Se fué.

Muchas horas, muchos meses estuve con el recuerdo de ella y con la duda de si me quería. Ella, por lo menos rehusó siempre decírmelo. Y por eso, a pesar de sus pruebas de cariño (como se ve en estos incidentes anotados) creí que no me quería y decidí olvidarla...

Debo anotar también, que por naturaleza soy nervioso y escéptico.

En ese tiempo conocí a Elena Munguía, una muchacha de un carácter alegrísimo. Pocas muchachas en aquel tiempo eran tan alegres como ella. Bailaba muy bien y yo me abonaba en los bailes con ella, sobre todo por eso, porque bailaba bien y porque me gustaba su carácter alegre. Además, he dicho, hacía ésto porque quería olvidar a Martha. Me costó enamorarme, pero me enamoré un poco porque de la amistad al amor hay poco que andar. Lo que nunca

me había pasado en la vida, soy incapaz de vencer a un rival en las lides del amor, pero con Elena vencí a varios. Sin embargo hubo una terrible condición para que me correspondiera. Me puse frío de espanto aquella tarde en que — sin imaginarse el efecto de sus palabras — con tranquilidad, me dijo:

—Todos me dicen que quisiste mucho a Martha. Debes probarme que ya no la quieres para que te corresponda. Yo no puedo querer a un hombre que ama a dos mujeres. Te voy a decir lo que debes hacer y si no aceptas no puedes esperar más de mí.

—¿Qué debo hacer?

—¡Escribirle! Pero yo debo ver la carta que le escribas. Yo la pondré en el correo. Debes decirle que ya no la quieres...

Bajé la vista. Le expliqué que a pesar de que había amado muchísimo a Martha, nunca había habido un compromiso entre los dos. Pero ella insistió y en un momento de debilidad le escribí a Martha aquellas frases que no me imaginé que la iban a herir tan profundamente.

"**Martha:**

"Nunca hubo nada entre Ud. y yo. Quiero, sin embargo, que no tenga la más pequeña esperanza en mí. Esta carta de mi puño y letra no tiene otro objeto que decirle eso. Adiós."

Lo que yo decía, pues está claro, no era cierto. La acción que cometí — como se verá después — fué

cruel. Pero por eso he dicho en un principio que esta acción mía todavía me produce remordimiento...

Bien me acuerdo — ¡como si fuera ayer! — la última vez que ví a Martha. Fué en un paseo de campo de despedida para ella; al que asistió a pesar de estar ya muy enferma, en compañía de su tía.

El paseo tuvo lugar bajo de un bosque de pinos, no muy lejos de Santa Clara. Cerca de una casa humilde, pero bella por sus alrededores. Había allí muchas flores silvestres y un río corría cerca. Recuerdo que Martha andaba muy linda en ese día, usaba un vestido color crema, con adornos del mismo color. Martha era alta y delgada, sonreía, pero no era risa alegre, sino dulce; muy pálida y muy tímida a veces; usaba el cabello largo.

Yo sufría horriblemente al pensar en que Martha se iba al día siguiente para San Salvador. Ella se portó muy bien conmigo en ese día, muy dulce, muy suave, pero no tuve oportunidad para hablarle de mi amor inmenso. Sólo recuerdo que los ojos de ella se encontraban con los míos cuando pasaba bailando... Tuvimos juegos de prendas y entonces pasó algo muy extraño. Yo tuve que dar muchas prendas: mi pluma, mi saco, mi sombrero. Era éste un sombrero de junco con una cinta negra, pero al final del juego mi sombrero apareció sin cinta...

. . . . . .

Buscamos la cinta por todas partes, pero no apareció. Por fin olvidamos la cinta para bailar un valse que en ese momento tocaban. El paseo terminó sin que pudiéramos hablar a solas. Al día siguiente se fué Martha y sin haberme dado jamás una frase de esperanza. Escribí muchas cartas, pero no supe si enviárselas. Sufría tanto que deseé olvidarla y por eso le hube escrito finalmente aquella carta ingrata que Elena me dictó...

¡Dios mío! Han pasado muchos años y todavía no puedo olvidar la contestación que tuvo mi carta. ¡Qué carta! No de ella — la pobrecita ya había muerto! — era una carta de su tía.

En esa carta me llamaba hombre VERDUGO. Me decía que Martha no había tenido más delito que quererme toda la vida... "Querer a Ud. hasta el último instante como verá por esa CINTA DE SU SOMBRERO que ella la tenía en su cama de enferma, aquí en el Hospital, y con la cual agonizó, agarrada en las manos, después de leer la carta criminal que le escribió"....

. . . . . .

Tanto remordimiento siento aun que anoche, como dije — después de varios años — volví a soñar con Martha...

LA BRUJULA DEL CORAZON

Para el cultivo del café había allí una tierra excelente. Héctor Castillo, que en aquel tiempo estaba muy joven, por hacer algo quiso hacer una finca. Se pasaba las horas debajo de aquel árbol de pino que hay al frente de la casa, deduciendo cómo haría la finca. Era en verano, en ese lugar durante el mes de marzo, la temperatura es insoportable. No pasa ningún río por allí y la escasez de agua es mucha: sin embargo, bajo la sombra del árbol la temperatura es agradable.

Por ese tiempo Héctor Castillo era muy desarrollado para su edad. La buena salud que despedía se notaba en el rostro, en los ademanes de los brazos, y en el modo de mover las piernas al andar. No era alto, ni bajo, pero ancho de pecho y de espalda. Tenía el cabello y los ojos muy negros y la boca pequeña. Daba una fuerte impresión de fuerza y de energía física. Era sin embargo un espíritu demasiado impulsivo y nervioso...

Aquella tarde acostado allí, bajo la sombra del árbol, mientras meditaba, contemplaba hacia la casa y los potreros de la Hacienda: un peón desenyugaba los bueyes con que había arado la tierra durante el día. Algunos animales del potrero de la casa, bestias y ganado, se iban acercando con el día que terminaba, junto a la casa, como es costumbre observar en las casas de campo. Más allá, detrás del cerro se iba ocultando el sol como una gota redonda de sangre. En ese momento, otro sirviente de la Hacienda que acababa de llegar, se acercó a donde estaba Héctor y le entregó un rollo de periódicos. Era costumbre de su familia enviarle periódicos cuando él estaba en el campo.

Se puso Héctor a hojear los periódicos con el objeto principalmente de pasar el tiempo, mientras se llegaba el momento de la cena. Leía y volvía a leer y nada le interesaba porque mientras continuaba leyendo, pensaba en los planes del cafetal que le había absorbido el pensamiento. Ya para tirar los periódicos que para él no tenían mayor interés, detuvo de pronto la vista. Acababa de leer una gacetilla que le interesó bastante porque en ella se hablaba de Laura Ruiz. Decía el periódico que don Antonio Ruiz había salido de la capital para Santa Clara con su hija Laura. Esta última, decía el periódico, va a su pueblo natal a pasar vacaciones para volver nuevamente a la Escuela.

Se puso Héctor a pensar en Laura con emoción y con dolor a la vez. Laura había sido la primera novia de su vida. Esa novia que dicen que nunca se olvida. . .

El la había olvidado por culpa de ella: sabía él que en la capital tenía un rival. Era cuestión de celos. Sin embargo, el nombre y el recuerdo de ella, todavía le hacían sufrir. Se puso a pensar que en cierta vez — varios años atrás — Laura estuvo aquí en la Hacienda temporando con sus hermanas y con su madre. El se había quedado en la Escuela, en Santa Clara. Pensó con nostalgia en esas horas en que él había estado ausente. Quizás Laura estuvo alguna vez bajo de este mismo árbol. "Quizás ella anduvo corriendo con mis hermanas por ese llano al frente de la casa. Probablemente ella se acordó mucho de mí, porque en ese tiempo éramos novios aún. Seguramente ella me echó de menos. Yo debí haber estado aquí con ella y con mis hermanas esa vez. Probablemente todo la hizo a ella acordarse de mí. Ella sabía que yo venía aquí a menudo. Ella debió haber sentido cariño por estas cosas que le hablaban de mí. Quizás ella — después de correr mucho por el llano — se sentó fatigada a descansar en este puesto en que yo descanso ahora", etc.

Estas y otras evocaciones le traía el recuerdo de Laura en la Hacienda. Estuvo pensando sobre esto mucho tiempo. Por fin se puso a pensar que aquel fuego ya se había apagado. Que de Laura ya no le quedaba más que un dulce recuerdo. Y que ahora, sobre las cenizas donde se había levantado la llama de aquel amor, había un nuevo fuego. Pero era el fuego del amor de otra novia. Aquel puesto que Laura había ocupado en su corazón, ahora estaba ocupado por otra

persona. Y fué de este modo cómo él empezó a pensar en la nueva ilusión que ahora tenía de que Virginia, la hija única del vecino hacendado, le correspondiera y en ese caso casarse con ella... El asunto de Laura era una cosa ya vieja, de la que tal vez ella ni recordaría. En cambio Virginia — en caso de aceptarlo — iba a resolver la difícil situación económica con respecto a la finca de café que tanto le halagaba.

Era verdad que él estaba muy joven para contraer matrimonio, pero de algún modo se subsanaría este inconveniente. Lo que había de importante era que el padre de Virginia suministrara el dinero para dar principio a la finca de café, pues el padre de Héctor por resentimientos con él, no deseaba hacerlo.

Virginia le había mandado a decir a Héctor el día de su reciente llegada a la Hacienda:

—Que lo saludaba muy afectuosamente y que deseaba que hubiese llegado bien...

Con el mismo mensajero que le trajo el recado, le mandó decir Héctor:

—He llegado bien, muchas gracias. En cuanto disponga de tiempo aquí en la Hacienda, iré a visitarla a Ud. y a su papá...

Héctor no había llegado a verlos, pero tenía la buena intención de ir. Mientras tanto maduraba con frialdad y razonamiento la necesidad de que él se uniera en matrimonio con Virginia. Era verdad que ella no era bonita, tal vez hasta le hacía falta algún roce social.

Siempre había estado en el campo, lo que a ella le gustaba. Laura era lo contrario, la frágil, la bonita Laura. Virginia era llena de vida como el campo, Laura era llena de gracia como la ciudad.

Luego pensó: si me caso con Virginia, mi padre resolverá el problema de terrenos fronterizos que ya le principia a preocupar...

Pasó el resto del día y parte de la noche meditando en sus planes. Con sorpresa de sí mismo, temprano de la mañana del día siguiente, buscó el periódico con insistencia para volver a leer la noticia del regreso de Laura. Hizo un cálculo matemático del día en que saldría Laura de la capital y el día en que estaba. Había salido un lunes por la mañana, el periódico anunciaba la salida de ellos para el lunes 20 de junio y hoy era viernes 25. Héctor sintió un deseo inmenso de poder ver a Laura, aunque fuese por un momento y de lejos. Por lo demás era una mañana fresca, una de esas mañanas de la Hacienda en que la hierba, todavía húmeda por el rocío, se ve fachada bajo de los pies de los peones o de los animales en el llano. Mandó a traer su caballo y se puso a amarrarse las espuelas: iría inmediatamente al camino real para ver si podía contemplar la figura de Laura, aunque fuese de lejos. Desayunó, se puso el sombrero de anchas alas porque aquel día iba a estar muy fuerte el sol, y salió al trote tratando de ganar terreno. Desde la cumbre del cerro, por pura casualidad, los primeros viajeros que acertaron a pasar por el camino real, y que él podía ver per-

fectamente bien, eran ellos, el padre y la hija, él adelante y ella detrás, sin hablarse, a lomo de mula, cansados bajo la modorra del día. Héctor no consiguió ver el rostro de Laura porque llevaba en la cara un velo blanco bajo del sombrero de anchas alas para cubrirse del sol. Contempló a los viajeros un largo rato hasta que se perdieron detrás de una colina. Regresó después a la Hacienda, ni aburrido, ni satisfecho, se sentía un poquito sentimental...

Por lo menos — se dijo a sí mismo — he cumplido con el mandato de mi corazón...

Al día siguiente — después de haber quitado de la memoria el recuerdo de Laura — volvió a tomar en serio los planes del cafetal. ¿Qué era realmente lo que había que hacer? En primer lugar él estaba dispuesto por completo a pasarse uno, dos o tres años en el trabajo del cafetal, si es que todo ese tiempo era necesario. La tierra era propia para el cultivo del café y el Mayordomo era quien más le halagaba en su proyecto. Su familia — él esperaba — no se opondría contra su dedicación a la agricultura. Era verdad que sus estudios los abandonaría, pero eso de hacer estudiar, a un muchacho que no quiere estudiar, le parecía una cosa sin lógica. Además, siendo su familia propietaria de tanta tierra abandonada, era útil o más útil su dedicación a la agricultura, que cualquier otra profesión, aunque — claro está — sin conocimientos de técnica...

Sonreía ante sus proyectos, pero de pronto una nube se le aparecía al frente de los ojos. Héctor conocía a su padre. Sabía que su padre era un hombre de una sola opinión. Además la observación del padre acerca de la vida pasada del hijo le había formado un concepto muy desfavorable acerca del carácter de éste. Héctor formaba estos planes con sinceridad, deseoso realmente de ser un hombre útil a su familia y a la sociedad, pero quizás su padre no iba a entender. Por otro lado sin dinero, él no podía principiar una larga labor de agricultura para la que se necesitaba trabajadores y buena herramienta. Por esto él había llegado a una resolución definitiva con respecto a Virginia.

Mientras meditaba sobre sus planes, su imaginación principió a vagar por los contornos y de pronto sintió una súbita inspiración al ver el árbol. Improvisó un apóstrofe, que a él le pareció oportuno:

—Viejo árbol de pino, yo quisiera poder escribirte algo. Bajo de tus ramas ha pasado mi infancia. De niño me venía a jugar aquí. Cada vez que he vuelto a la Hacienda, de tarde en tarde, te he visto casi con las lágrimas en los ojos. Es verdad que ya estás muy viejo, pero así te quiero, con tu vejez te acercas más a mi triste sentimiento. Yo también me estoy volviendo viejo. Tienes cicatrices en el tronco que yo mismo te hice, por cariño. Viejo árbol de pino, entre todos los árboles de la tierra, a ti te quiero más. ¿Cómo no habría de quererte cuando me recuerdas mis años más alegres?

Viejo árbol que yaces solo, como si los demás árboles huyeran de ti para irse a unir allá, al pie del cerro y dejarte a ti solo, triste y abandonado en mitad del llano. Pero no: mi corazón te acompaña. Te dejaron solo para que tú jugaras con nosotros: conmigo y con mis hermanas, cuando veníamos aquí de niños a jugar bajo de tu sombra. Viejo árbol, tú nos hacer sufrir con tu presencia! ¿Tú no te das cuenta de que nos haces acordarnos de toda nuestra infancia? Yo no sé cuánto sufrirán mis hermanas cuando te miran, pero por mí sé decirte que sufro horriblemente cuando te contemplo... Viejo árbol de pino que sabes hasta mis confidencias. Cuando después he vuelto a la Hacienda, ya no he podido irme a sentar a tu sombra. No, no he querido porque eso me hace sufrir, aquí bajo de tu sombra tengo que recordar sin querer, cosas profundamente tristes que no me conviene recordar...

. . . . . .

Héctor miraba por la primera vez los detalles del árbol. Se fijó en que el árbol ya debía ser muy viejo, muchas de sus ramas estaban secas, en algunas habían nidos de comegén. Vió entre dos ramas una cosa negra. Se acercó más para poder apreciar qué era. Descubrió una cajita, una pequeña cajita de madera, a poca altura, no había necesidad de escalar el árbol para tocarla.

No se había encontrado esta cajita antes, porque ninguno de los sirvientes se daba el lujo suyo: sentarse

todas las tardes bajo del árbol y mirar hacia las ramas. Cogió la cajita sin dificultad y después de observarla un buen rato, se le vino una idea clara y precisa: Que esta caja la había dejado Laura para él. La madera se había picado con los inviernos y los fuertes soles, y al través de los agujeros pudo ver un papel adentro. Pensó que era algo que Laura había escrito para él. Iba a abrir la caja cuando súbitamente se arrepintió de su propósito. Parecía que una extraña fuerza lo hubiese detenido. Puso la caja a un lado y se sentó a meditar nuevamente. Todo había salido tal como él había pensado: Laura había sufrido mucho con la ausencia de él. Todo en la Hacienda le había hablado de él. Quizás fué en la víspera del regreso, cuando en la obscuridad de la noche, pudo ella separarse por un momento de las hermanas de él y vino sola a colocar la caja en el árbol para que él algún día la encontrara...

Pensó Héctor en lo que ella habría escrito en aquel papel. No sabía si abrir la caja para sacar el papel y leer su contenido. Se acordó de pronto de sus planes para con Virginia y no supo qué actitud debería tomar. Quizás después de leer las frases amorosas de Laura tendría que cambiar su plan y decidió no abrir la caja. Por lo menos abriría la caja hasta después de hacer la visita a Virginia. Tomó la caja, se la puso debajo del brazo y la llevó a su cuarto, así como la había encontrado.

Quiso antes que todo decidir de una vez la actitud que debería asumir. Había que principiar por ir a vi-

sitar a Virginia. Esa misma tarde se cambió el traje y fuése a caballo a visitar a Virginia. Encontró que era más cariñosa y zalamera con él de lo que había pensado. La casa de ella, al contrario de la suya, quedaba en una elevación. Allí quedaban en alto los corrales, los trojes y la casa de la Hacienda. De lejos, mucho antes de llegar, Virginia se dió cuenta de la visita de Héctor por dos razones: Primero, porque siempre se veía de arriba para abajo al visitante que llegaba y después — esto más comúnmente — el olfato de los perros se encargaba de descubrir al visitante...

—Ahora va a tener una buena disculpa para no volver más — le dijo ella muy apenada porque los perros casi se lo comían... El hombre que venía detrás de ella era su padre, don Venancio, quiso decir algo, pero no dijo nada porque su hija le había quitado las palabras de la boca. Ella y don Venancio — una vez que entraron a la salita — los dos se deshacían en frases de cariño y afecto para él. Héctor, al despedirse, salió contentísimo.

El cariño del padre era tan verdadero como el de la hija. Pensó que su propuesta sería aceptada por los dos. Después, ya casados, don Venancio le ayudaría a hacer la finca de café...

. . . . . .

Había olvidado el incidente de la caja hasta en el preciso momento en que se iba a la cama. Y entonces se presentó esta crisis ante sus ojos: ¿acostarse y no

abrir la caja? Pero si de todos modos tendría que abrirla algún día. ¿Abrirla y saber de una vez qué era lo que Laura le decía en el papel? No, tampoco. Tuvo inteligencia y fuerza de voluntad suficientes para darse cuenta de que si allí había una carta amorosa, quizás su debilidad por Laura iba a arruinar el preferido porvenir que le ofrecía Virginia... Entonces, ¿tirar la caja en el monte espeso para nunca más volverla a encontrar? Optó por esto último, fuése afuera y tiró la caja con toda su fuerza en lo más espeso del matorral, así, sin haberla abierto nunca...

. . . . . .

Bien tarde de la siguiente noche, Ambrosio, el *peón*, llamaba en la puerta del Mayordomo:

—¡Levántese, un ladrón!

—¿Ladrón? — contestó el Mayordomo.

—¡Sí!

—¿Lo has visto?

—¡Sí!

Salieron los dos hombres con los rifles cargados. No se podía oír lo que se decía porque los perros ladraban al ladrón con insistencia. Los dos hombres caminaban en puntillas. De pronto en la orilla del cerco, en el monterreal, se vió la sombra de un hombre. Iba el Mayordomo a tirar cuando les gritó Héctor:

—¡Soy yo, no tiren!...

Los dos hombres se miraron las caras con asombro. Se acercaron despacio a donde estaba él. Héctor esta-

ba vestido con el traje de un peón, buscaba con la ayuda de varias herramientas y podaba la hierba hasta donde era posible. Sudaba mucho porque la temperatura era insoportable y el trabajo demasiado pesado. Ellos le preguntaron — más con los ojos que con las palabras — que qué buscaba a esa hora de la noche. Sin ponerles atención contestó que andaba buscando una cosa importante. Y luego siguió buscando...

EN UNA SILLA DE RUEDAS

Dos indios embriagados yacían en la puerta del estanco de la Pantaliona. Era un cuarto sucísimo, en el mostrador se veían botellas de aguardiente y vasos también sucísimos. En el piso yacía un perro flaco, estirado en el suelo. De repente se mordía con nerviosidad en el cuerpo, luego volvía a poner la cabeza confortablemente en el suelo. ¡Y cerraba los ojos nuevamente! Las pulgas lo volvían a picar y el pobre y flaco animal volvía a hacer lo que antes había hecho.

La señora Pantaliona, flaca y pobre señora como el perro, permanecía sentada cerca de la puerta mirando para la sucia calle por donde algún cliente podría llegar. Clientela nunca le hacía falta porque la venta del "guaro" redunda en un negocio apetecible...

Una tos fuerte se oyó en el siguiente cuarto. La señora Pantaliona se acercó y les dijo a los dos indios:

—¡Ay, por Dios! el doctor se despierta!

—¿Qué doctor? Su hombre es Doctor — contestó un indio.

—¿El doctor Bulnes, está allí dormido?

De pronto, del lado de la calle, aparecieron en la puerta un caballero de aspecto distinguido, y una joven señora, pálida, del brazo del caballero. El levantó el bastón y preguntó:

—¿Ha venido por aquí el doctor Julio M. Bulnes?

La estanquera abrió los ojos con miedo y respondió:

—Ese que tose es él, pero me dijo que no dijera.

Ellos entraron al siguiente cuarto, agarraron al hombre que tosía y lo levantaron con mucha molestia, y se lo llevaron con mayor dificultad por la calle... Toda la gente de Santa Clara salía a las puertas y ventanas para ver aquel espectáculo...

Con mucha dificultad pudieron llegar por fin a una hermosa casa, después acostaron al hombre en su cama y lo dejan tranquilamente. El caballero se despidió de la pálida señora cariñosamente y ella le contestó:

—Muchas gracias, Don Ernesto, siento pena por sus continuas molestias.

El caballero sin decir nada, salió dejando la señora sola.

Después ella se sentó en el corredor de la casa y principió a evocar su vida presente y su vida pasada; y, para olvidar su dolor, se puso detenidamente a observar las flores del jardín...

Es una vida muy triste la del doctor Bulnes:

El doctor llora como un niño cuando no le dan un "trago". La esposa, la pálida señora que mira las flores del jardín y que fué linda, hoy está agotada de sufrir dolores físicos y morales con su marido que ha acabado su buen dinero, buena salud y buena posición social.

Aquella casa que antes inspiraba envidia, hoy inspira lástima. ¿Quién tuvo la culpa? Nadie lo sabe, el doctor lo único que quiere es beber y embrutecerse, la vida ya no le inspira ningún atractivo, se viste mal, duerme mal. Su belleza varonil ha concluído.

"Nena", su encanto y adoración de otro tiempo ya no le inspira ningún atractivo. La madre de él, señora Petrona, la personificación de la honradez y bondad, es otra. Alí, el viejo perro que papá trajo a "Nena" un día en que "Nena" lloraba mucho y no se quería contentar, es todavía el mismo, un capullo de armiño, respetuoso y cariñoso con los demás y retozón con "Nena", su generosa dueña que no sólo juega con él sino que le da todo lo que ella no quiere comer. Alí, cuando el doctor ha caído, embriagado, sobre el piso, ha llegado a lamerle la frente.

Pablo, el viejo criado, sigue siendo el mismo todavía. Pablo dice que siente mucho lo que le pasa al doctor. El quisiera que el doctor fuera hoy como era antes, cuando no bebía "tragos".

Pablo recuerda con dolor aquellos tiempos. El doctor era tan bromista entonces, llegaba, le daba una palmada y le decía:

—Toma, hombre, para tus cigarros — y le daba una peseta.

—¡Ah! qué tiempos aquellos — piensa Pablo — y suspira. La familia que oye hablar a Pablo, no puede contener las lágrimas.

—Es verdad, Pablo — le dice la señora Petrona—. Ya tu patrón no nos quiere, Pablo! Se ha olvidado de nosotros. Ya no es lo que era antes.

La señora Petrona — como la llama Pablo — no puede seguir, porque un sollozo le embarga la garganta.

Doña Emma, que ha oído aquello, se ha puesto a llorar de codos sobre la mesa. "Nena" sentada en el suelo, jugando con Alí, también comprende la gran tragedia; mira a Pablo, respetuosamente con el sombrero en la mano, mira a su abuelita y a su mamá llorando y dice:

—Dios es bueno y va a componer a papaíto...

En el ambiente reina un profundo silencio, todo lo que pasa en la calle no tiene importancia para aquella familia que ya no tiene más interés desde que perdieron al que era la alegría, el piloto y la vida de la casa.

Si el doctor se hubiese muerto, aquella familia no sufriría tanto como sufre viéndolo arruinado por la bebida del alcohol.

Margarita, la sirvienta, llega con temor y respeto y con mucho sigilo, dice:

—Doña Emma, ya está el almuerzo en la mesa.

Hoy están todos sentados a la mesa, pero ¡qué diferente! aquel puesto vacío... Doña Emma es la última que llega a sentarse.

—¿Está dormido? — le pregunta la señora Petrona.

—Por fin se ha quedado dormido. Ojalá que esas pastillas hagan efecto y nos deje dormir esta noche.

Todos comen, pero nadie habla. "Nena" se aburre de aquel silencio y le dice a la mamá:

—Mamá, me das permiso para ir a jugar con Alí al patio.

—¿Ya acabaste de almorzar, muchachita? — le pregunta la mamá.

—Sí — le contesta "Nena". Entonces la mamá se quita una peineta de su cabeza y con ella le arregla el cabello a "Nena" y le deja la peineta allí, puesta.

—Vaya — le dice.

"Nena" quiere llevarse a Alí a jugar, pero Alí insiste en quedarse porque Pablo que entra muy respetuoso, llevando y trayendo platos, todavía no se ha llevado algunos sabrosos manjares que él ha visto que Pablo ha colocado en la mesa. Además, la señora Petrona, como de costumbre, le puede dar un pedazo de picadillo metido en dos tortillas como sandwich.

—Vamos a jugar Alí tonto — le dice "Nena", pero el perro insiste en quedarse. Entonces la mamá que hace más de nueve meses que no se le ha visto sonreír, deja ver su preciosa dentadura con una suave sonrisa.

—"Nena" — le dice sonriendo — deja el pobre perrito, ¿no ves que él no está tan interesado como vos

en ir a jugar? ¿No ves que quiere comer?, Alí es muy comilón y no quiere perder su comida por nada de este mundo.

"Nena" que vió sonreír a la mamá se sintió feliz por un momento, a ella le aflige aquella atmósfera que se ha formado alrededor de su padre. Aquel silencio, aquel modo de hablar por señas, aquel modo de andar en puntilla. A ella le gusta la risa, la alegría. Por eso cuando vió sonreír a su mamá — el ser que más quiere en la tierra — ella también gozó mucho.

—Lo voy a esperar — le dijo.

—Alí, ¿tenés hambre mi hijito?

El perro ladró como diciéndole:

—Sí, tengo hambre. Doña Emma volvió a sonreír y para ocultar la sonrisa se puso a preparar una buena comida para Alí.

"Nena" gozaba con la comida de Alí, como el mismo Alí que esperaba impaciente...

A consecuencia del continuo beber, el doctor tenía ya atrofiados la inteligencia y la vista. A consecuencia también tenía alucinaciones e ideas llenas de ridiculeces. Por ejemplo se le había metido que Doña Emma ya no lo quería y lo que es peor, que clandestinamente se hacían el amor con Ernesto Cálix, un verdadero amigo, casi un hermano de la familia. Esto llegó a tal grado que Don Ernesto Cálix tuvo que abandonar la casa para que el doctor no martirizara a Doña Emma por celos.

Cuando Doña Emma en vez de irse a acostar, se quedaba sola, en la sala, pensando en su vida de dolor y martirio, el doctor la esperaba en el dormitorio, colérico:

—¿Dónde has estado, Emma? Ya sé, has estado con Ernesto, con Ernesto. Ya sé, Uds. dos me traicionan. Acostáte, te quiero ver cerca, ya sé que me traicionas... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... mi mujer me traiciona!... ¡Dios mío! (Y se sentaba en la cama y empezaba a llorar como un niño. Era un cuadro lastimoso. De repente levantaba la vista de entre las piernas y se quedaba viendo para un rincón del cuarto).

—Emma, ¿quién está allí en la esquina? Allí, en ese rincón está un hombre. Emma, te pregunto ¿quién está en ese rincón? Alumbra, que salga ese traidor. Ya sé, es Ernesto, lo estoy viendo, Emma, hablále, allí está Ernesto, dile que salga, ese traidor... ¡Dios mío!... en el mismo dormitorio del marido!... ¡Dios mío!... ¡Ernesto, el que se llamaba mi mejor amigo, Dios mío!... ¡Emma y Ernesto!... ¡qué vergüenza! ¿Emma? dile a Ernesto que salga, dile que salga, allí está, escondido en ese rincón... ¡Dios mío!... ¡qué traidor!, ¡Dios mío!... ¡qué traidor!... ¡Dios mío! Y se ponía a llorar otra vez lo mismo que un niño.

Tarde de la noche, se oía ruido, se despertaba generalmente a las tres de la mañana, metía la mano debajo de la cama, pues había que dejarle la botella allí, de lo contrario se iba a esas horas a la calle. También estaba allí un vaso, pero el doctor no hacía uso del

vaso. Tomaba simplemente la botella y se la empinaba.

Doña Emma se despertaba y oía todos los ruidos que él hacía hasta que él se volvía a quedar dormido. Entonces ella, sin poder dormir más, con el corazón atribulado todo el resto de la noche, dejaba caer muchas lágrimas en silencio, sobre la almohada. Ella no podía evitarlo, se ponía a recordar su vida ¡qué dolor! cuando el doctor era un cultísimo caballero, un esposo y padre amantísimo, un modelo de virtudes en la sociedad, un médico notable, amigo de los ricos tanto como de los pobres. Y el hogar ¡su hogar! como él decía, un nido de dicha y felicidad.

Y ahora ¡ella no lo podía evitar! ¿Y mañana? . . .

Ya no había esperanzas; el doctor Escobar lo había dicho en público, que ya no había esperanza. . .

Entonces doña Emma rezaba en silencio, se le llenaba la almohada de lágrimas y tenía que darle vueltas.

—Dios Misericordioso, Señor de los desamparados, ¿será posible que ya todo haya concluído? O, no, Dios mío, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no, no puede ser así. No podría resignarme de ningún modo. Yo quiero, te lo pido Señor Misericordioso, que Julio vuelva a ser el mismo de antes. Yo quiero que mi hogar vuelva a ser un nido de alegría. Yo quiero tener otra vez, aquellos días en que hallaba tanto interés en mi hogar. Yo quiero que vuelva aquella vida, Dios mío te lo pido de rodillas. Yo quiero poder vivir otra vez con Julio y mi muchachita como vivía antes. Sólo eso te

pido, Dios Santo. Seré buena, buena, buena, buena, buena, haré cualquier sacrificio que me impongas, haré penitencias, daré limosnas a los pobres, iré de rodillas hasta la iglesia.

¡Ay, Dios mío, te lo pide una desventurada esposa en medio de su desolación. Concédeme este favor: que Julio se componga, que Julio se componga, que Julio se componga, que Julio se compon. . .

. . . . . .

Señor, si eso no es posible, mejor quiero la muerte. Dios mío, perdóname si soy avara de mi propia felicidad, pero era tan dichosa y tan agradecida contigo, que no puedo vivir en este sacrificio espantoso a que me sometes, Dios Todopoderoso, escucha mi ruego, tengo varios años de lucha y ya no puedo más. Tengo fuerzas físicas, pero me faltan las fuerzas morales para vivir. . .

Ay, ay, ay, que Julio se componga, que Julio se me componga, no puedo verlo en ese estado, quisiera estar con los ojos cerrados mientras él esté así. . .

—¡Emma! — le gritaba el doctor. (Ella se quedaba en un temblor). Levántate y háblamele a Pablo.

—Pablo está durmiendo. ¿Qué quieres Julio?

—Que vaya a traerme un "trago" de coñac; esto que me ha puesto aquí es cerveza. . .

. . . . . .

Cuando por fin al cabo de muchos años dejó de beber, fué para llenarse de una profunda melancolía que daba compasión verlo. Se llenó, sin embargo, de un cariño inmenso para su esposa y para su "Nena" como él llamaba a su muchachita; ésto lo hacía él, como arrepentido de los sufrimientos que les había proporcionado. El comprendía todo eso porque era un hombre muy inteligente. Pero fuera de las frases cariñosas volvía a quedar en una melancolía horrible. Parecía un imbécil cuando se quedaba sobre el que antes había sido su escritorio. Había veces que lo encontraban con lágrimas en la cara, se comprendía que había estado llorando. No le gustaba leer, ni conversar, ni vestirse bien. Ya la vida no tenía ningún encanto para él. Quería estar solo, solo, solo, solo, decía él.

—Tráiganme a la "Nena" para darle un beso, — decía. Luego que la besaba con apasionamiento le decía:

—Vaya, "Nena", déjame solo. Tráiganme a Emma para darle otro beso — decía. Doña Emma llegaba conteniendo su pena infinita.

—Vamos, dame un beso, negra — le decía — dame un beso que ya no voy a estar mucho tiempo en la tierra con ustedes. Vamos, negra, ¿por qué lloras?; no seas tonta, no llores. ¡Piensa en los días alegres en que pasamos juntos, negra! Piensa cuando éramos novios, cuando yo era un gran médico y tú te sentías alegre y orgullosa de ser mi novia. Piensa en aquellos tiempos, negra. ¿Por qué sufres? si la felicidad tiene que acabarse algún día. Hemos gozado mucho, ahora ya

no sirvo, negra; no seas egoísta, ya gozamos bastante, ahora hay que descansar. ¡No llores negra! Piensa en el hogar que te hice, en esta casa tan bonita. Todavía queda dinero, puedes gastarlo con la "Nena". Todavía puedes vivir con ella, tú estás joven. No llores. No puedes acusarme a mí de ingrato. Los días más alegres de tu vida te los dió este negro, este tu Julio que todavía te quiere. ¿Verdad que fuimos felices, negra? Qué tiempos aquellos, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas cuando éramos novios? ¿Cuando tú te sentías orgullosa de mí? Cuando la sociedad de Santa Clara nos miraba pasear con envidia. ¡Verdad que fuimos una pareja elegante! Yo era un gran médico, ¿verdad, Emma? Me tenían envidia y no era feo, ¿verdad, negra? Mira ese retrato que tienes allí, verdad que Julio era un negro simpático. ¡Ah! Emma, por algo te enamoraste de mí...

—Déjame, Julio, ya no hables, ¡qué horrible!, ¡qué horrible! me deshaces el corazón, Dios mío, qué horrible...

Había veces que le suplicaba que bebiera un vasito de vino, pero él había jurado que no volvería a beber nunca. ¡Jamás!

Doña Emma misma para sacarlo de aquel mutismo espantoso le decía:

—Míra, yo voy a beber contigo, Julito de mi alma, esposo de mi vida, te quiero todavía, te quiero como

antes, eres el único amor desde que era una muchacha de escuela. Te adoro mucho, esposo de mi alma, pero quiero que te alegres, quiero que rías como antes; acuérdate de tu Emma que te tocaba el piano. Ahora ya no me pides que te toque el piano, Julio de mi vida, me da miedo verte así tan triste, es horrible, es espantoso, no soporto...

Y se ponía a llorar Doña Emma sobre una silla. El doctor le decía:

—Retírate, Emma, no bebo, no volveré a beber nunca, aborrezco el licor, tú sabes todo el mal que me ha hecho...

Lo dejaban solo y cuando Doña Emma lo iba a observar en puntillas, lo encontraba en aquel mutismo espantoso, como un imbécil. Se le quedaba viendo y al rato miraba que una lágrima le corría por la mejilla. Probablemente él estaba recordando sus buenos tiempos. De pronto se oía la voz de la muchachita:

—Papaíto, papaíto, vieras cómo aprendí esta mañana en la escuela. Papaíto para que te alegres vas a jugar conmigo, ¿verdad?

—Dame un besito, "Nena" — le decía el doctor, y la besaba. Luego le decía:

—"Nena", ¿qué has hecho del perrito?, ya días que no te lo veo...

—¿Quiere verlo? — le preguntaba la muchachita muy alegre. Se iba a la puerta y gritaba para la cocina:

—Alí, Alí, vení, papaíto te quiere ver.

Al momento el perrito llegaba a toda carrera, dando saltos y lamiendo las manos de la "Nena".

—Papaíto te quiere ver. Vaya, lámele la mano a papaíto.

El doctor le ponía la mano. El perrito muy bien mandado le lamía la mano.

—Vaya, ahora se van Uds. dos a jugar y dejen solo a papaíto — les decía el doctor.

—Papaíto, vos nunca quieres que esté contigo. Nunca quieres platicarme como antes cuando venías de la calle y preguntabas:

—¿Dónde está mi "Nena". Aquí le traigo una muñeca. Y había veces que los tres, con Alí, íbamos al llano a jugar. ¿Te acuerdas, papaíto? Tú te quitabas el saco, llamabas a Alí y empezabas a correr para que Alí te alcanzara, yo me moría de risa, mirándolos correr a los dos.

En eso salía Doña Emma:

—"Nena" — le decía — su papaíto quiere estar solo, no lo moleste. ¿No mira que a él siempre le gusta estar solo? Vaya al patio a jugar con Alí.

La muchachita con un gesto de enojo se iba refunfuñando.

—¿Julio, quieres que nos vayamos a vivir al campo? — le decía Doña Emma—. Yo creo que el campo te compondrá; pasas muy triste. Ya no te gusta nada. Pareces uno de esos viejos aburridos de la vida. Si tú estás joven, Julio. ¿A que no sabes cuántos años

tienes, Julio? En este mes de abril cumpliste 48; estás bien joven, ¿verdad?

—Déjame, Emma, yo ya no estoy bueno para nada. Quiero morirme en esta silla...

En ese momento entraba Ernesto Cálix:

—Hombre, Julio, te encuentro galán esta mañana. Ya vas a volver a ser el mismo, ¿verdad? Aquel muchacho guapo y amigo de la broma. Ya voy a ser yo tu víctima otra vez, ¿te acuerdas? (Don Ernesto le guiñaba el ojo a Doña Emma, con sonrisa maliciosa). ¿Te acuerdas, Julio? — le seguía preguntando — ¿te acuerdas cuando me tomabas el pelo?

—Es verdad, Ernesto, me acuerdo, pero ahora tú eres el que me puedes tomar el pelo; ya no tengo gracia.

Luego le decía:

—Cuéntame ¿qué hay de nuevo en la calle? ¿Qué dicen los amigos viejos?

—Nada, todos me preguntan siempre por tí y quieren saber cuándo te llegas por allá para que jueguen. ¿Sabes? Allá viven recordando tus bromas todo el tiempo. Dicen que les haces mucha falta. Dicen que si tú no vas donde ellos, que ellos van a venir donde tí. Quieren venir aquí para que jueguen naipes y conversen contigo. Yo les he dicho que esperen que te mejores un poco, que ya tú vas a llegar allá a contarles más chistes de aquellos que te sabes.

Pero el doctor era médico y sabía que los chistes se habían acabado. La necesidad y la sed del trago lo estaba acabando por un lado, pero había jurado no beber y lo cumpliría. Quería morir con dignidad, era su único y último propósito. Estaba arrepentido de sus años de "bebedor". Sentía que la vida se le iba, sentía también que adoraba a su mujer y a su "Nena" y no quería dejarles una herencia de vergüenza. Se acordaba de los años en que brilló como hombre modelo y se inspiraba en aquellos años para morir con dignidad.

—No te aflijas, Emma, todos tenemos que morir; soy médico y todavía me acuerdo algo de la medicina, a pesar de la memoria que ya la he perdido por completo. Llámame a mi mamá, ¿qué hace la pobre viejecita? (Doña Petrona llegaba con dificultad, porque su hijo la había acabado de envejecer).

—Hijito, ¿por qué te nos has hecho tan malo? Ya no quieres comer, no quieres conversar... ¡Nada!

—Estoy muy mal, mamaíta, pero si me consigues una tacita de leche me la voy a tomar porque tú me la traes.

La pobre viejecita salía con dificultad a la cocina a calentar la taza de leche para su hijo. Aquello le parecía a ella un privilegio y gozaba haciendo aquel trabajo que no se lo hubiera cedido a nadie. Luego volvía con la taza de leche...

El doctor yacía profundamente dormido sobre la silla de ruedas. Lo miraba un rato con cariño de ma-

dre y después se volvía a llevar la taza para la cocina. Mientras caminaba para la cocina se paraba, sollozaba y decía con un suspiro:

—¡Ah!, ¡mi hijito!...

Una tarde, inesperadamente, circuló una tarjeta que decía:

"Señor:

Ayer a la una de la mañana murió nuestro queridísimo y adorado esposo, padre e hijo, respectivamente:

Doctor Julio M. Bulnes.

Para la conducción de sus restos al Cementerio General de esta ciudad, le suplicamos su piadosa asistencia, por cuya deferencia le quedarán altamente agradecidos:

Emma V. de Bulnes — Emmita "Nena" Bulnes — Petrona V. de Bulnes."

En el Cementerio, un inesperado orador se paró profundamente emocionado e improvisó estas palabras:
Señores:

Ha muerto Julio M. Bulnes, el médico de los pobres, el amigo de los desventurados, el hermano de todos nosotros, sus amigos, el esposo cariñosísimo, el hijo modelo, el padre incomparable.

El facultativo notable, el hombre divinamente dotado con belleza varonil y con inteligencia despejada.

Ha muerto el doctor Bulnes y lo llora nuestra sociedad que lo llamó su ídolo. Nadie como él para las bromas simpáticas, nadie como él para la conversación amena y chispeante. Nadie como él fué un elegante de nuestros bailes y un modelo del buen vestir.

Ha muerto Julio M. Bulnes porque el microbio de un vicio horrible hizo presa de su voluntad y lo hundió en la noche del desastre.

El, que había combatido los males del organismo humano, fué incapaz para combatir el mal social más grande de nuestro pueblo.

¡Descanse en paz!"

EL MONSTRUO

El renacimiento social y económico de Santa Clara tuvo lugar cuando se estableció la escuela profesional. Era una Escuela Normal para estudiar magisterio.

¡Los Normalistas! qué romántica y simpática sonaba aquella palabra. Pasaban los grupos de muchachos por las calles.

¡Los Normalistas! Muchos de ellos con caras desconocidas, pues habían venido de los pueblos vecinos a estudiar a la escuela que se acababa de fundar en nuestra pequeña ciudad. Qué orgullo interior sentíamos los del pueblo al ver que a nuestra ciudad venían los jóvenes a ilustrarse porque ya Santa Clara era una ciudad de ambiente académico. Y mayor placer y esperanza encontraban todos los padres de familia con el porvenir de sus hijos.

La Escuela Normal de Occidente se llamaba. Pero más romántico resultó nuestro centro de educación cuando se volvió mixto: jóvenes y señoritas. Parecía mentira realmente para aquellos tiempos y para aquel

ambiente tener un centro de COEDUCATION. ¿Había razones para no sentirnos orgullosos de nuestra pequeña ciudad? Por eso fué que nos pusimos a profetizar las grandezas futuras. Y para ello hicimos uso de dos fuertes argumentos:

Siempre nos hemos sentido orgullosos del clima, el agua y la topografía de nuestra pequeña ciudad, pero ahora había otro argumento: el centro de educación.

Las ciudades sin escuelas son como las jaulas sin aves. Los jóvenes tienen el privilegio de disfrutar de la alegría. Al contacto de la alegría de los muchachos se contagió el espíritu decaído del pequeño pueblo. Pero no sólo por el contagio de espíritu, sino por la ventaja material que los vecinos recibían: Casas para alquilar a los normalistas, pensiones para darles "la mesa" como se dice allá. Más dinero que el Gobierno suministraba para pagar al profesorado y dinero que los padres enviaban a sus hijos.

Todo ese dinero quedaba en los bolsillos de la gente de Santa Clara. Por eso en las vacaciones todo el pueblo sentía la ausencia de los muchachos. Sobre todo: se notaba en las retretas, las noches de concierto.

Mi primer deseo — al volver ahora después de tantos años al pueblo — fué visitar la "Normal". Fuí. Ya sabía yo que la "Normal" había concluído para siempre. Que en el viejo edificio de la "Normal" estaba ahora la Escuela Primaria de la ciudad. Pero no sabía la pena que se me tenía reservada. Qué dolor infinito sentí al

ver la casa — ¡nada más que la casa! — de aquel centro en que viví cuatro años...

—¿Y los libros? ¿Y los mapas? ¿Y el museo? ¿Y los pizarrones?

Todo se lo llevó la guerra. Es decir las revoluciones...

—Sí, la guerra de nosotros...

Durante las últimas revoluciones en el país, la "Normal" había servido de cuartel. Un día después de mucho tiempo de permanecer cerrada, la habían abierto para que entraran indios sanguinarios, descalzos y analfabetos, pero metidos en un uniforme de soldados. Nadie pudo protestar porque estábamos en tiempo de guerra...

Pero la guerra no sólo destruyó nuestra "Normal", también se llevó a uno de nosotros, al pobre Alberto Cabarga...

Lo agarraron y lo hicieron soldado. Tampoco él pudo protestar porque estábamos en tiempo de guerra... Para Alberto fué una ironía: odiaba la guerra...

—¿Qué piensan hacer cuando terminen, muchachos? ¿Piensan seguir estudiando?

—Sí — le contestábamos — los maestros ganan poco...

—No importa, yo voy a ser maestro. Y cuando Uds. vuelvan yo voy a ser el director de la "Normal". ¿Y saben lo que más voy a predicar? ¡El odio a la guerra! Nuestro país no progresará mientras no terminen las revoluciones...

Alberto Cabarga era un muchacho de tanta energía que la derramaba por los ojos. Siempre lo ví ocupado y siempre contento. Era pobre, el más pobre de todos, pero la vida no le afligía. Se ganaba la vida, atendía las clases y aquello le parecía un modo simpático en que emplear su energía. Era un muchacho luchador que gozaba porque ya había encontrado su vocación: ser maestro y luchar con la abnegación de su apostolado divino...

Con su energía dinámica tenía tiempo para muchas cosas: trabajaba, estudiaba, ayudaba a los alumnos más atrasados de la clase, en las tardes, después de cenar visitaba los cuartos de otros estudiantes para celebrar las bromas de los chistosos. Nunca se vió el egoísmo y la jactancia en él. Con aquel su andar de muchacho humilde, tenía una sonrisa o un saludo para todo el que encontraba en la calle. Nunca pensaba en que la alegría de aquellos años se acabaría. Es probable que él hubiera deseado que aquella vida con sus dolores y risas fuera eterna. Siempre hablaba de que no había otra vida mejor que la del estudiante, a pesar de que él no conocía otra vida, pues estaba todavía muy joven...

Ella — aquella normalista que sacaba notas brillantes en sus exámenes — pasó un día frente a la "Normal". También ella se había graduado allí, pues como

dijimos era escuela para jóvenes y señoritas. También era una hija espiritual de aquella casa como Alberto y como todos nosotros.

Hacía cuatro semanas que las fuerzas revolucionarias estaban acampadas en la "Normal". Ella pasó con el corazón destrozado, recordando aquel lugar querido donde había vivido sus mejores años.

A lo largo de la cuadra sólo se encontró con caras de militares fanfarrones. Y — con ese doloroso echar de menos de las mujeres — quiso ser hombre para defender su escuela...

También — como nosotros — la quería, pero con un corazón de mujer: cariño apasionado y lleno de sentimiento. ¿Su escuela, su casa habitada por aquella gente? Aquella casa en donde cada ladrillo, cada rincón le traía un recuerdo íntimo de su vida: alguna charla con una amiga, algún secreto que ella vino a contener allí porque pugnaba por evadirse, o sino algún momento de contrición en que su pobre cerebro de niña luchaba sobre una página de matemáticas que no podía comprender, etc.

Y pasó, la pobre muchacha, frente a su escuela, y vió la soldadezca vulgar metida en su escuela. Y con su impotencia de mujer derramó una lágrima. Se conformó con pasar observando de cerca a los oficiales fanfarrones y a los soldados analfabetos. Pero no pudo contener su indignación cuando contempló al centinela parado con un riflón al hombro en la puerta de su escuela. Sintió más pena cuando se convenció que

ya no era escuela sino cuartel. Pensó en su país, en su país que absorbía el germen de la revolución en la malsana atmósfera de la ignorancia. Y pensó en su escuela que era el medicamento para curar la enfermedad...

Pero mientras pensaba no pudo menos que pararse ante la súbita sorpresa:

—¡Dios mío! ¡Alberto Cabarga, el centinela!...

Era verdad, Alberto Cabarga vestido de soldado y con su arma al hombro, permanecía inmóvil en su puesto de centinela... ¿Alberto? aquel normalista compañero de ella, que se había graduado con ella el mismo día. ¡Alberto! era el mismo, pero de verdad no era el mismo. Una infinita mirada de tristeza se asomaba a sus ojos. Entonces su cólera se tornó en lástima. Comprendió la tragedia y comedia de Alberto, ridículamente parado allí con aquella mirada de angustia.

Pero se alegró de encontrar un compañero que también sufría un dolor más grande. Ni siquiera se daba él cuenta de que ella estaba allí. ¿Qué hacer? Decirle:

—Pero, Alberto, ¿qué se ha puesto hacer Ud. allí?

Un cariño de hermana con hermano, un gran deseo sintió de hablarle y si posible, de consolarle. Pero recordó que la severa ley militar manda que a un centinela no se le hable.

Entonces se desarrolló una crisis en su cerebro pensando si seguía su camino sin decirle adiós a Alberto. Decidió no hablarle y siguió su camino, pero súbitamente él volvió la vista y los dos se miraron. Una sonrisa con dolor se dibujó en la cara de él. No le habló. Ella tampoco le dirigió la palabra. Volvió a alzar la vista y ella lo miró y él la miró. Tampoco le dijo nada, pero la profunda mirada de él le dijo entonces todo lo que su corazón sentía. La profunda ironía del destino en hacerle cuidar con un rifle aquel puesto en donde él pasó largos ratos con un libro en la mano. Pero sobre todo a él, el enemigo irreconciliable de las revoluciones cotidianas de nuestro país...

Ella comprendió lo que los ojos de él querían decir. Entonces siguió su camino...

Un grupo de viejos normalistas, por casualidad, nos volvimos a reunir en el pueblo y entonces pudimos oír la historia verídica de los labios de ella. Decía que cuando la soldadezca analfabeta abandonó el pueblo después de haberse librado allí una guerra sangrienta, entonces la ciudad quedó casi en ruinas. Habían cuadras de casas que les habían dado fuego. Los revolucionarios habían entrado descaradamente a robar a todas las casas. Lo que ellos no se podían robar lo destruían con la culata de los rifles. Las boticas, las tiendas quedaron en manos de ellos...

La gran tragedia pasó y la pobre gente del pueblo despertó como de una pesadilla. Los muebles de unas casas que no se habían destruído, aparecieron en otras casas. Y hubo pobre gente que saliera a vender artícu-

los de uso personal a personas que eran sus propios dueños...

Y nos contó lo que ella misma encontró en la "Normal":

No había nada, nada, y lo que aún quedaba estaba convertido en ruinas. Los pizarrones portátiles habían servido para que durmieran allí los soldados. Los mapas habían servido de colchones o petates sobre los pizarrones. Todos los aparatos de cristal en donde se hacían experimentos de Física y Química, habían servido para que bebiera agua aquella soldadezca compuesta en su mayoría de indios sanguinarios. Los pupitres habían servido para colocar allí los rifles. Sobre las paredes se habían prendido enormes estacas para colgar allí la mochila de los soldados. Afuera, bajo de un trapecio para hacer ejercicios de gimnasia, encontró una porción de uniformes de soldados. Eran, seguramente, de los soldados que habían muerto en el combate, pues todos estaban ensangrentados. Ella levantó el de más arriba y notó que tenía un agujero en el costado izquierdo por donde la bala había penetrado, y seguramente perforado el corazón del soldado que lo llevaba.

Se puso a observar detenidamente todos los detalles del uniforme. Y encontró — por unos papeles que estaban adentro — que era el propio uniforme de Alberto Cabarga...

EL HIJO DE LA CRIADA

En aquel tiempo, Santa Clara era una ciudad muy alegre. Por el más insignificante motivo o quizás sin motivo, se improvisaba un alegre baile que después lo recordaban como el mayor acontecimiento social en la vida del pueblo.

Se bailaba aquella noche en la casa de doña Esther, se celebraba con un baile alegrísimo, la despedida del año. (31 de diciembre de 1916). Más que de costumbre en aquella noche se había bebido mucho "Ponche". El famoso "Ponche" es una bebida típica del lugar como el mate es típico de la Argentina. El "Ponche" se hace en las casas particulares de las cáscaras y fruto de la piña, se le mezcla azúcar y luego se le echa bastante aguardiente. Después se calienta hasta que hierve. Es uno de los fermentos más fuertes que se pueden beber. Sin embargo, en Santa Clara lo toma la buena sociedad, pues no se ha popularizado entre las clases bajas y ni siquiera es conocido en el resto del país.

—Doña Adela, Ud. se pinta para hacer "Ponche"...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Rafael, como que ya se te está subiendo...

—Deme otro vaso de "ponche", Doña Adela. ¡Estoy alegrísimo!...

—No se te olvide que tienes que cantar...

Tocaban un alegre valse, pero Rafael se había quedado sin ir a bailar. Doña Adela que tenía la recomendación de hacer con la criada el "Ponche", no podía permanecer mucho tiempo allí. Rafael se vió solo, buscó algo en que distraerse y volvió la vista hacia la puerta del salón que daba para la calle. Una extraña mezcla de mendigos, sirvientes e indios de las orillas de Santa Clara estaban allí presenciando el baile. Rafael se quedó viendo aquella multitud de curiosos, cuyos trajes contrastaban con los de las personas del baile. El se les quedó viendo con una sonrisa de ironía y de lástima a la vez. Súbitamente aquella sonrisa se tornó en un gesto de seriedad. La boca se cerró, los ojos miraron con fulgor y dureza, y los músculos de la frente se templaron. Sus ojos que en un principio se habían fijado vagamente en todos los curiosos, ahora solamente se fijaban en uno de los harapientos. Era un niño, el hijo de la criada. Rafael retiró los ojos de aquel niño con dolor, después — como para olvidarlo — se fué a sentar a un balcón. El calor adentro era insoportable. Se aburrió pronto, sin embargo, de la soledad del balcón y se fué a sentar en medio de un grupo de amigos que celebraban un chiste. Miguel, el autor del chiste, yacía muy impávido en medio del grupo. (Era

una cosa muy propia de Miguel y por eso todos celebraban sus chistes).

Todos volvieron a ver a Rafael muertos de risa. Comprendió al momento el motivo del chiste y se fué directamente al grupo de curiosos que estaban en la puerta, observando el baile.

—Silvestre, ¿qué andás haciendo? — le preguntó al niño andrajoso que estaba allí.

—Nada, Don Rafael, ando viendo la fiesta...

—¿Dónde está Ramona?

—En la cocina. Está haciendo el "ponche"...

—Tomá, no vuelvas a asomarte por aquí. Si te vuelvo a ver aquí no te daré más dinero...

Silvestre, el hijo de la criada, era un muchacho barrigón, descriado para su edad: tenía 12 años y aparentaba 10. Pero había un contraste en Silvestre: su cuerpo era feo, pero su cara era atractiva; el cabello era de indio, pero las facciones y el color eran de ladino.

—¿Quién es tu madre?

—Ramona, la criada. (Y se reía).

—¿Quién es tu padre?

—No tengo. (Y volvía a reírse).

Silvestre era servicial, todos lo conocían. Unos lo llamaban Silvestre y otros "el hijo de la criada". Ramona, la criada, era eterna sirvienta, hoy en una casa, mañana en otra. Por ese tiempo no había cañería en la ciudad y Ramona pasaba por la plaza del pueblo con un cántaro de agua en la cabeza. Sobre la cabeza lle-

vaba un yagual y sobre el yagual llevaba el cántaro. A veces el cántaro era enorme y sorprendía la resistencia que la mujer había desarrollado en la cabeza. Este era un oficio que ella, como todas las sirvientas de Santa Clara, hacían todos los días. Ramona era una mujer fea, india pura, hablaba un español atravesado. Tenía un cutis demasiado trigueño, casi africano y andaba siempre muy sucia...

Rafael se le quedó viendo a Silvestre hasta que se metió en la cocina. Entró al baile preocupado. Se sentó en una silla y notó que los amigos todavía reían, pero no les puso atención.

—Lo veo muy triste, Rafael. Al principio del baile Ud. era de los más alegres, pero ahora ha cambiado. ¿Qué le pasa?

—Nada, Doña Adela. Tal vez es el "ponche" que Ud. me dió.

—¿El "ponche"? No diga...

—Sí, tal vez.

—¡Ja! ¡Ja! ¿No son sus disgustos con Leonor?... Sé que Uds. dos han "peleado".

El no quiso seguir la conversación y se retiró otra vez al balcón para estar solo. Se sentía triste, desde el momento en que había visto a Silvestre...

. . . . . .

Cerca del balcón en donde se encontraba, vió a Leonor sola, sentada, estaba muy linda, pero también triste. Rafael sintió un deseo infinito de irse a sentar con

ella y suplicarle que lo perdonara. Pensó largamente en la actitud que debería tomar: O ir a donde Leonor y decirle la verdad de lo que había o no ir y quedarse callado —como había prometido a su tío— y tener que perder el cariño de Leonor... El respetaba mucho a su tío y le gustaba cumplir con su palabra, prefirió perder a Leonor, a quien, sin embargo, adoraba.

Alguien sugirió que Rafael cantara. El entró, agarró la guitarra y se sentó. Todos se sentaron en silencio para escucharlo con atención.

Rafael tenía una voz muy dulce, que impresionaba profundamente. Desde el momento en que él agarraba la guitarra, los hombres y las señoras, lo miraban y lo escuchaban con cariño y satisfacción. Mientras él estaba cantando, fuera de su voz, no se oía ni el más mínimo ruido.

Rafael no era alto ni bajo, sino de mediana estatura, tenía la piel morena y los ojos grandes y negros. El cabello también negro y ensortijado. Era conversador, pero retraído con aquellas personas con quien él no tenía mucha amistad.

—Que cante "Nunca" —dijeron casi todos en una voz. Rafael, templando la guitarra, oía con una sonrisa de agradecimiento el deseo que tenían todos de oírlo cantar "Nunca". Era el nombre de una bellísima canción que aún hoy, de vez en cuando, se oye cantar entre la gente del pueblo. En aquellos tiempos "Nunca" era la canción de moda. Había algo muy humano, muy sensitivo y al mismo tiempo muy desgarrador en

los versos dolientes de aquella canción que realmente emocionaba hasta el llanto. Y él cantaba "Nunca" como no lo cantaba nadie. Parecía que el alma mutilada del autor de "Nunca", era él, el mismo Rafael. Con cuánto arte, con cuánto sentimiento y con cuánta gracia, interpretaba él lo que el autor de "Nunca" había querido expresar en aquellos versos. Las muchachas le clavaban los ojos y sentían celos de Leonor. Los muchachos, sus amigos, sentían admiración y envidia de la gracia con que Rafael cantaba aquella canción...

Cuando terminó se sentía tan agitado y tan agasajado que deseó estar solo, en donde nadie pudiera molestarlo. Esto era muy propio del carácter de Rafael: él gozaba cuando podía estar solo. El artificio de la vida social le afligía porque en el fondo, él no había nacido para el convencionalismo social. Cada vez que Rafael iba a un baile, se pedía disculpas al día siguiente porque su conciencia lo acusaba. Si alguna vez él era locuaz, era por los efectos de los tragos de "ponche" que le habían obsequiado. En el fondo no era locuaz ni sociable. Era más bien tímido. Por eso sufría él: tener que aparentar lo que no era. Por eso sus grandes ojos negros expresaban lo que sus actos no expresaban. En la vida social aparecía como un hombre alegre. Pero en el fondo — a pesar de su juventud — era un hombre triste. Allí estaba realmente la tragedia de él. Su gran sufrimiento de no poder expresarse tal como realmente era porque las circunstancias de pertenecer a una familia importante le imponían vivir

en una vida de sociedad. Pero él no había nacido para el artificio social, ni por educación ni por temperamento. Un viejo amigo de él, un gran psicólogo práctico, que pasó por el pueblo, le dijo a Rafael, después de una conversación íntima, que era UN MUTILADO. El gozó de verse interpretado con aquel adjetivo...

Entre sus compañeros de infancia y de escuela tenía Rafael un compañero en Santa Clara que era todo lo opuesto a él, Miguel, el mismo que después de decir un chiste oportuno se quedaba serio. Amigo de beber todo el "ponche" que pudiera y de aparecer correcto aunque hubiera que apoyarse sobre el bastón. Miguel era lo que se llama un buen mozo, pero bebía mucho y era amigo de las sirvientas... Era un "catrin", siempre preocupado del calzado, del cabello y de la corbata. Por ésto y por sus chistes oportunos era bien aceptado en sociedad. Pero Miguel no congeniaba con Rafael, ni Rafael con él por la diferencia de temperamentos y de educación.

Cuando Rafael concluyó de cantar y se hubo ido para fuera donde estar solo, un sirviente le entregó un papel. Leonor le decía en el papel que quería bailar con él, que quería hacerle una pregunta. El se extrañó de que Leonor le volviera a escribir, ella, la que hacía seis meses que no le dirigía la palabra.

Luego una crisis terrible se desarrolló en el cerebro de Rafael: ir o no ir a bailar con Leonor. Si iba tendría que faltar a lo que le había ofrecido a su tío, por-

que de cerca no podría mentirle a Leonor. Pensó que era preferible que ella siguiera dudando aunque con mucho menoscabo para la dignidad de él. Y con absoluta probabilidad de perder el amor de Leonor para siempre. Sin embargo él prefirió no ir.

Mandó un sirviente a traer su sombrero para irse del baile, pues tuvo miedo de encontrarse con Leonor. Pero antes de despedirse le escribió a Leonor al reverso del papelito:

"Leonor: Tu resentimiento es muy justo y muy digno de ti. Por culpa mía todo está terminado para siempre entre nosotros dos. Te ruego que me perdones y que encuentres con otro la felicidad a que tú tienes derecho y que no pudiste encontrar conmigo. Adiós. — **Rafael.**"

Luego él se fué a andar por el pueblo. Sentía un dolor tan hondo de tener que perder a Leonor, el gran amor de su vida, que le daban ganar de llorar como un niño. Para poder ahogar su dolor se propuso maltratar sus piernas, anduvo fuera de la ciudad sin rumbo fijo. El sudor lo bañaba por todas partes y la ropa se le había pegado al cuerpo. Una pobre india que traía un flaco caballo con una carga de maíz, se paró al encontrarse con aquel hombre, vestido de baile, sombrero en las manos, jadeando como un fuelle y a dos leguas fuera de Santa Clara. La mujer lo pudo ver en aquel misterioso aspecto por la luz de un relámpago, pues la noche era obscurísima y el camino de herradura era impasable. Por fin, profundamente cansado, cayó a un lado, rendido completamente. Entonces comprendió que no podría llegar a la Hacienda y hablar esa misma noche con su tío. Quería Rafael contarle todo... Quería decirle que por culpa de él, había perdido él amor de Leonor para siempre. Su tío estaba entonces temporando en la Hacienda y él no quiso esperar a que regresara. Para allá iba, a media noche...

En Santa Clara reinaba la más profunda paz. El baile había terminado y aunque algunas veces los caballeros, bajo la influencia del entusiasmo, improvisan una serenata, en esta vez todos se habían retirado a sus casas.

Leonor fué la única persona en Santa Clara que no se fué a dormir. Agarró el papelito en que Rafael le había escrito y se dedicó a leerlo una y más veces como si no pudiera entender. Por fin lo escondió y se fué a la cocina a despertar a la criada que ya estaba dormida.

—Ramona — le dijo—, quiero que vengas a mi dormitorio inmediatamente. Quiero hablar contigo a solas.

Después que las dos mujeres se encontraron a solas en el dormitorio de Leonor, esta última fué a cerrar la puerta y ventanas, echó llave y escondió después la llave.

—Ramona, me vas a hablar con entera franqueza. Te voy a hacer un obsequio si no mientes.

—Todo lo que Ud. quiera niña Leonorcita.

—Ramona... ¿quién es el padre de Silvestre?

—Pero a una niña como Ud., ¿qué le importa saber esas cosas?...

La pobre mujer contestaba aquello en medio del susto porque aquella pregunta nunca se la habían hecho.

—¡Cómo no, mucho, mucho me importa, Ramona! Te voy a contar después por qué. Pero antes quiero que me contestes la pregunta...

—Le voy a decir... ¡Es don Luis Salgado!

Leonor pudo respirar. Se sintió como si le quitaran un gran peso. Pasó un momento de silencio que la pobre Leonor lo saboreó lleno de dicha. Pero al momento se volvió a poner incrédula y le dijo:

—No, ¡tú mientes Ramona! La gente dice que el padre de Silvestre no es don Luis sino Rafael...

—¿Quiere que le enseñe un papel que me escribió don Luis, ese viejo puerco?

Ramona sacó un sucio papel de la blusa del vestido. A pesar de su ignorancia Ramona sabía que aquel podía ser un documento útil.

Don Luis le decía allí a Ramona que había que guardar el secreto...

Leonor recordó al momento lo que le habían asegurado antes: que había un convenio entre don Luis y su sobrino para que este último admitiera públicamente ser el padre de Silvestre. Leonor comprendió que el pobre Rafael admitía este sacrificio por su gratitud a

don Luis que lo había criado. Y también dedujo que don Luis imponía este cruel sacrificio a su sobrino por el miedo a su esposa que hubiera incendiado la ciudad si lo hubiera sabido...

Leonor sacó un billete de a cinco pesos y se lo entregó a Ramona.

—No te asustes Ramona, es una pequeña pregunta que te hago. ¡Buenas noches!

Leonor se acostó inmediatamente, luego sacó un pequeño retrato de Rafael y lo besó repetidas veces con las lágrimas en los ojos, llena de dicha. Después apagó la luz y se quedó profundamente dormida...

GLOSARIO

GLOSARIO

(Algunas palabras que requieren explicación)

Abiento (Me). — De aventar, arrojarse, tirarse.
Ajotar. — Azuzar, hostigar.
Amonos. — Deformación de vámonos.
Bejuqueada. — Golpear o castigar. (Inicialmente golpear con un tallo de bejuco, pero puede ser con otra cosa).
Catrín. — Elegante, bien vestido.
Cincha. — De la silla de montar.
Comal. — Disco de barro en que se calientan las "tortillas" en el trópico.
Crucitas. — Diminutivo de cruz, expresión usada para jurar (se acompaña con los dedos en cruz).
Cute. — Nombre vulgar del zopilote, pero usado en este caso como sobre-nombre.
Chafarota — Espada del militar.
Chele. — Hombre rubio y con cutis rosado.
Chicha. — Bebida fermentada con que se embriagan los indios de Centro-América.
Chiripazo. — Acertar una cosa por casualidad (hondureñismo).
Enmancuernados. — Amancebados.
Estanco. — Cantina.
Fustán. — Enagua, ropa interior de mujer.
Gamarrón. — Cabezada de caballo (hondureñismo).
Garrobo. — Reptil del trópico.
Guindaron. — De guindar, colgar.
Guaro. — Aguardiente o "caña".

Jalada. — Demacrada.
Llano. — Pampa, llanura.
Matorral. — Monterral, yerbal.
Miedento. — Miedoso.
Moral. — Conjunto de arbustos de moras. (Familia de las móreas).
Ocote. — Nombre vulgar del pino.
Paste. — Parásito tropical tan mullido como algodón que sirve para cubrir huevos u objetos frágiles.
Patacho. — Tropilla de bestias.
Pisto. — Dinero.
Sábana (sabána). — Llanura, pampa desierta.
Sacadera. — Fábrica de aguardiente.
Tombilla. — Canasta, cesto de mimbre sin asas.
Veru. — Deformación india de "muy".
Yagual. — Rodilla, trapo protector en la cabeza para soportar pesos.
Zanate. — Pájaro del trópico.
Zacate. — Yerba, alimento del ganado, pasto.

INDICE

INDICE

	Pág.
Preámbulo	5
El Chele Amaya	7
Inés	21
El Mujeriego	29
La Virgen Milagrosa	45
El Asesino	57
El Gato	69
La Avaricia del General	79
La Cinta del Sombrero	89
La Brújula del Corazón	97
En una Silla de Ruedas	109
El Monstruo	127
El hijo de la criada	135
Glosario	147

Algunas opiniones sobre
"RELATOS NATIVOS"

lectual, riqueza imaginativa, sutil penetración, entusiasmo, y una sensibilidad exquisita, que son pasaportes que conducen a la victoria. Para triunfar sólo le falta seguir luchando, luchando con las rudas asperezas del estilo hasta hacerlo más fluído y ágil, más conciso y sobrio, más puro y más donoso".

"La Literatura Argentina" (Buenos Aires).

* * *

Nuestro colaborador, el celebrado escritor hondureño Arturo Mejía Nieto nos envía este tomo en que ha recogido algunas narraciones que tienen todo el legítimo "sabor de la tierruca".

Max Henríquez Ureña ("Archipiélago", Cuba).

* * *

Entre los más notables cuentos de "Relatos Nativos" se hallan estos: "Teresa", "Mi Madre", "La Novia Muerta", "Cuento Doloroso" y "Dramas Domésticos", etc. En breve comenzaremos a publicar algunas de estas narraciones de sabor regional.

"Patria" de Manferrer (El Salvador).

* * *

Un libro verdaderamente bello y original que merece ser leído por los que se interesen por la literatura típicamente americana. Esta obra tiene real mérito.

"La Voz" (Colombia).

* * *

Yo le felicito a Ud. muy cordialmente por su obra y le auguro muchos éxitos si continúa laborando con el acierto con que ha comenzado.

Agenor Argüello (Ahuachapán, El Salvador).

* * *

Creo que ha encontrado Ud. la ruta.

Rafael Helidoro Valle (México, D. F.).

Páginas sinceras ha escrito este joven hondureño de elevado espíritu y clara inteligencia que revelan en él a uno de nuestros abanderados del Arte Vernáculo, del Folklore hondureño.

Mi voz de aliento para este luchador joven, optimista, sincero y talentoso.

Antonio Ochoa Alcántara (Tegucigalpa, Honduras).

* * *

Suficientes palabras de elogio dedicadas a quien es ya una gloria de la juventud intelectual de Honduras, por lo que nosotros no debiéramos decir otras palabras en homenaje a estas páginas palpitantes de sangre tropical y olorosas a miel y recinas de los bosques hondureños.

Visitación Padilla (Tegucigalpa, Honduras).

* * *

"Relatos Nativos" es el nombre del libro que acaba de publicar el joven escritor Arturo Mejía Nieto, uno de los legítimos valores de la mentalidad hondureña.

Julián López Pineda (El Sol, Honduras).

* * *

Porque sus evocaciones nativas han de contribuir a la formación del alma nacional, yo le felicito cordialmente; y junto con mis sinceros parabienes, sírvase aceptar el testimonio de agradecimiento por el envío de su volumen muy jugoso y la distinguida consideración de su afmo. amigo.

S. Corleto (Tegucigalpa, Honduras).

* * *

No hay duda de que Mejía Nieto es un predestinado. Si su barca no se detiene en mitad del océano, el porvenir le pertenece.

Saúl Zalaya Jiménez (Tegucigalpa, Honduras).

* * *

Agradecemos a nuestro distinguido colaborador el envío de sus amenos "Relatos Nativos", que hemos leído con el mayor placer, y el felicitarlo por el éxito alcanzado deseamos que no sea sólo este el que obtenga en la hermosa carrera literaria que ha emprendido con tan buen suceso.

Revista **"Tegucigalpa"**, de Alejandro Castro.

Lo exhorto a proseguir sus labores y le aguro días de renombre y de victoria.

Inés Navarro (Tegucigalpa, Honduras).

* * *

Esa labor primera, es promesa de otras que a bien seguro irán enalteciendo su nombre, para honra propia, emulación de la juventud pensadora y bien de nuestra patria.

Dr. M. López Ponce (Tegucigalpa, Honduras).

* * *

Su día llegará, mi querido amigo, y su estilo se encumbrará con vuelo magnífico.

Ramón Quesada (El Salvador).

* * *

Este libro de cuentos regionales está escrito con tal sencillez de estilo y con tan buena observación que seduce desde que principia hasta que concluye.

Felicitamos calurosamente al autor.

Revista **"Aurora"** (Chile).